

UNA TUMBA EN EL ESPACIO

Clark Carrados

CIENCIA FICCION



UNA TUMBA EN EL ESPACIO

Clark Carrados

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — Amor y muerte en la tercera fase - *Adam Surray*
2. — El secreto del doctor Tyne - *Glenn Parrish*
3. — ¡Sargazos! - *Curtis Garland*
4. — La guardia espacia! - *Clark Currados*
5. — El planeta de los hombres alados - *Joseph Berna*

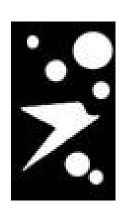
CLARK CARRADOS

UNA TUMBA EN EL ESPACIO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 492

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —
CARACAS —MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal; B 37,550 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición, enero, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1980

CAPÍTULO PRIMERO

La tumba está allí, en las estrellas, lejos de todo astro habitado, solitaria en la inmensidad del espacio, viajando por la eternidad, con su único ocupante, que estará en ella hasta que el Universo deje de serlo.

A veces, alguna astronave de pasajeros se detiene en las inmediaciones. Nunca faltan espíritus agradecidos que quieren dejar su recuerdo emocionado al hombre que yace en esa tumba solitaria, y los capitanes tienen órdenes de acceder a esa parada y facilitar todo lo que sea necesario a la persona que desee dejar un recuerdo y una oración en la tumba del héroe. Por desgracia, cada vez son menos los que se detienen a depositar un ramo de flores en el cubículo especialmente diseñado para ello; la gente tiene una horrible tendencia a olvidar los beneficios. Siempre se recuerdan mucho más los agravios.

La tumba es un pedrusco qué vaga por el espacio, de no más de cien metros de grueso. Hay siempre una luz junto a la tumba. La energía es proporcionada por una pila eterna, situada en el interior del pedrusco. Todo el conjunto está situado bajo una cúpula semiesférica, transparente, de unos diez metros de diámetro Hay, en el centro, una losa de mármol rojo oscuro, con una sencilla orla de oro. La inscripción funeraria dice:

ETHAN P. HARDLEY

2488 - 2521

Dio su vida por salvar a

la humanidad terrestre

En mi último viaje, yo también dejé un ramo de flores bajo la cúpula, mediante la esclusa de funcionamiento automático allí instalada. Las flores, por supuesto, se transportan en un glóbulo con atmósfera, a fin de que lleguen a su destino en perfecto estado. Una vez en la tumba, se sacan del recipiente y se dejan allí, retirándose las que dejaron visitantes anteriores, que son incineradas en la nave. Yo también llevé un ramo de flores, porque Hardley había sido amigo mío, y lloré su muerte.

* * *

Klaghon me gustó. Aquel planeta tenía un enorme parecido, en todos los aspectos, con las paradisíacas islas de los Mares del Sur, de la Tierra: clima benigno, con exuberante vegetación, abundancia de agua en todas sus formas: ríos, torrentes, cascadas, lagos situados en bellísimos parajes, mares... y no faltaban tampoco un par de cordilleras muy altas, donde había nieves eternas y en las que los aficionados a los deportes alpinos podían cambiar un poco el ambiente en que vivían habitualmente.

La vida era fácil. Los nativos eran sencillos, amables, corteses, y no se afanaban por el trabajo, más que lo justo. Sus leyes eran sencillas y, hasta cierto punto, laxas, pero de inexorable cumplimiento. Tenían el color de la piel ligeramente tostado. En general, eran bien proporcionados y las mujeres muy hermosas, incluso las de mayor edad. En cuanto a las jóvenes...; bien, no se las puede describir, no hay palabras para ello.

Durante unos días, disfruté del encanto de la vida en Klaghon. Una encantadora guía nativa me acompañó a los lugares más bellos, enseñándome lo más atractivo del planeta. Faditha era una muchacha alta, de pelo intensamente negro y ojos curiosamente verdes con una silueta llena de atractivos y llena de gracia y encanto en cada uno de sus gestos, en cada sonrisa en el menor de sus movimientos. Además, la vi gravemente discreta, pero no reticente, ni tampoco dio muestras de cumplir su obligación por rutina. Faditha lo hacía como si acabase de estrenar el cargo.

Ella solía venir todos los días a buscarme al hotel y me aguardaba en el vestíbulo, proponiéndome diversos lugares a los que acudir, para conocer sus bellezas o, simplemente, para disfrutar como si fuésemos de excursión. Venía ataviada con una cinta roja en el pelo, chaquetilla de manga corta, que terminaba justo bajo los senos, dejando el talle al descubierto, y la falda típica de Klaghon, corta hasta diez centímetros por encima de las rodillas y abierta por el lado izquierdo hasta la cintura. Luego de elegido el lugar, nos íbamos en el aeromóvil que yo había contratado y pasábamos un día delicioso. Faditha era, en resumen, la perfecta guía turística.

Un día, sin embargo, me sentí un poco cansado y le envié recado de que me quedaría en el hotel, a reposar y, al mismo tiempo, poner en orden las notas que iba tomando para mi libro, sobre una historia que pensaba escribir y que tendría como fondo ambiental aquel maravilloso planeta. Le dije que volviera al día siguiente y, apenas desayunado, empecé a trabajar.

A media tarde, suspendí la tarea y decidí distraerme un poco, tomándome una copa en el bar del hotel. Abandoné mi habitación, bajé al bar y me senté en una mesa, desde la que podía apreciar, no sólo el movimiento del local, sino el maravilloso paisaje que se dominaba desde allí, visible a través de los enormes ventanales construidos exprofeso para ello.

Un poco más tarde, entró una pareja de nativos, ligeramente distinta a los que veía habitualmente y que, por eso mismo, llamó mi atención. El era alto, fornido, de anchos hombros y cabello castaño. Ella era también alta, de silueta perfecta y reposados ademanes. Tenía el pelo intensamente negro y lo llevaba recogido en un moño cónico, que prestaba singular atractivo a sus facciones. El hombre, calculé, debía de tener unos cuarenta años y estaba en la plenitud de su vida. Ella aparentaba entre treinta y treinta y dos y ofrecía un aspecto esplendoroso. A primera vista se advertía que estaban plenamente enamorados el uno del otro, aunque su comportamiento, desde luego, era de la máxima discreción.

De pronto, el hombre, de espaldas a mí, me pareció conocido. Sus gestos, mínimos, los movimientos de sus manos, la ligera inclinación de cabeza hacia su compañera, todo ello me trajo a la mente el recuerdo de un amigo mío al que hubiera llamado a gritos en aquel instante, de no haber sido porque menos de dos semanas antes había dejado unas flores en su tumba. No, Hardley estaba muerto. El parecido de aquel hombre con mi amigo era circunstancial, mera casualidad.

Entonces, el nativo hizo un gesto mecánico, que me dejó petrificado. Fue muy breve, algo completamente natural, visto con otros ojos que no fueran los míos. Pero sólo una persona, entre los cientos de miles de millones que pueblan la Galaxia, podía hacer una cosa semejante.

A poco, el hombre, y la mujer se marcharon, cruzándose en el camino con Faditha, que venía a interesarse por mi estado. Vi a la guía y llamé su atención. Faditha acudió de inmediato y se sentó a mi lado.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó afectuosamente.

—Sí, estoy perfectamente bien... Faditha, ¿conoces a esas dos personas con las que te has cruzado al entrar?

—Claro, son muy conocidos aquí. Son Pedro Smith y Sally, su esposa. Además de conocidos, sumamente apreciados por todo el mundo. ¿Es que los conoce usted?

Sacudí la cabeza.

—El me había recordado a un amigo... Sólo se trata de un caso de semejanza física —sonreí a duras penas. Porque estaba mintiendo y eso es algo que nunca me ha gustado,

—A veces, suele pasar —dijo Faditha con encantadora sonrisa—. El señor Smith es propietario de una inmensa extensión de terreno, a trescientos cincuenta kilómetros hacia el Oeste. El y su esposa viven allí y sus visitas a la ciudad son muy raras. Habrán venido sin duda a encargar provisiones y pertrechos para las tareas agrícolas.

— De modo que el señor Smith es agricultor.

—En la Tierra se le llamaría granjero —puntualizó Faditha.

—La vida de un granjero de Klaghon podría resultar interesante para mi libro —murmure.

—Supongo que desea ir a visitarle en su propiedad —dijo mi guía.

—No, no corre prisa por el momento —respondí con aire intrascendente—. ¿Adónde vamos mañana, Faditha?

—Quizá le gustaría visitar el monumento a Hardley. Oh, sí —

añadió la muchacha, ante mi sorpresa—. También Hardley salvó a Klaghon y por ello, agradecidos, reverenciamos su memoria.

* * *

El lugar era ameno, en medio de un paisaje tremendamente atractivo. Yo estaba solo, había ido allí sin la guía, y tenía en las manos una caña de pescar, sentado junto al río de apacible corriente y aguas de cristal, bajo la sombra refrescante de un gigantesco árbol, con tronco de secoya y follaje de álamo. Entre los ramajes, se podían ver los edificios a unos mil metros de distancia del lugar en que me hallaba.

Alguien se sentó de pronto a mi lado.

—Para pescar, se necesita poner cebo en el anzuelo —dijo el hombre—. Claro que a ti se te dieron mejor los libros que las artes manuales, Gafitas.

—Soy un poco descuidado —contesté—. Pero, a veces, hay peces ingenuos que muerden el anzuelo sin cebo. ¿Me reconociste en el hotel?

—A la primera. Tú también supiste reconocerme. ¿Cómo, Gafitas?

Sonreí al escuchar aquel apodo de los tiempos de estudiante. Siempre había llevado yo gafas, en lugar de lentes de contacto. Lo estimaba más cómodo, aunque, claro, menos atractivo para las muchachas. De todos modos, junto a Hardley, Apolo habría resultado repelente para cualquier chica.

—El tic de tu mano derecha y la oreja del mismo lado. No se lo he visto jamás a otro hombre. Por cierto, ¿debo llamarte Pedro Smith?

—¿Quién te ha dicho mi nombre?

—Faditha, la guía turística.

—Ah, conozco a esa muchacha. Procede de una familia muy distinguida. Son muy amigos míos.

—A ella no le dije que te había reconocido. Hablé algo de que me recordabas a un antiguo amigo, pero añadí en seguida que se trataba de una casualidad y Faditha lo aceptó sin más.—Hice una corta pausa y continué—; Pedro, me debes veinticinco unidades de moneda intergaláctica.

—¿Por qué? —se extrañó él.

—Compré un ramo de flores para tu tumba en las estrellas. Eso es una estafa.

Pedro rió suavemente.

—Garantiza mi retiro —contestó.

—Salvaste la Tierra, y también Klaghon, según me dijo Faditha. Aquí tienes un monumento; lo he visitado y también puse flores, aunque no tuve necesidad de comprarlas, puesto que las recogí en el camino. Pero te mataron, yo mismo vi tu cadáver... ¡y hasta se te hizo la autopsia!

—Sí, Gafitas.

— Uno de los forenses era el doctor Spitzberg. No se hubiera prestado jamás a una superchería. Si dijo que el cadáver que había examinado era el tuyo, decía la verdad. Y, sin embargo, estás aquí, a mi lado.

—Vivo, y felizmente casado —sonrió Pedro.

—Entonces, ¿cómo puede explicarse eso? —pregunté.

Pedro entornó los ojos.

—¿De veras te gustaría saberlo?

—Hombre, imagínate.

—Entonces, querrás que te cuente , mi historia.

—Pedro, no te obligaré a nada. Si quieres, me la cuentas. Si no quieres, no digas una sola palabra. En cuanto a mí, puedes contar con mi absoluta discreción. Me basta saber que estás vivo.

Mi amigo sonrió.

—Sé que serás discreto como un klaghonita —dijo—. Ninguno

de ellos dirá jamás palabra.

Me volví hacia él, vivamente sorprendido.

—Entonces, ¿lo saben...?

Pedro asintió.

—Todos los nativos, pero nadie más. Tú eres el único, hasta hoy, que sabe que estoy vivo. Y ello porque me has reconocido gracias a una imprudencia mía. Tendré que corregir ese tic, Gafitas.

—Es increíble —dije—. Veintidós millones de seres humanos saben... Pero eso significa que Faditha también lo sabía y me engañó...

—El monumento fue idea de los nativos. Cuando me pidieron que indicase la recompensa que quería, por haberles salvado, sólo quise silencio. Y aceptaron callar.

—Es fantástico —murmuré—. Ni un solo delator... Pedro, ¿de veras ocurrieron las cosas como se dijo? ¿Hay otra versión, distinta de la oficial?

—Sí —admitió él gravemente—. Esa versión oficial no es la verdadera historia. Te lo contaré todo e, incluso, podrás publicarlo si quieres, aunque deberás callar el secreto de mi muerte. ¿De acuerdo, Gafitas?

—¡ De acuerdo! —acepté, entusiasmado—. Empieza ya, Pedro.

Mi amigo sonrió.

—¿Por qué no hablamos en mi casa, con más comodidad? Conocerás a mi esposa y a mis dos niños... Tenemos el tiempo que quieras.

—No se hable más —contesté, a la vez que empezaba a recoger los trebejos de pesca, feliz porque mi idea había dado resultado. Cuando me puse en pie, vi que Pedro seguía manteniéndose tan firme y erguido como una columna de mármol. Y la diferencia de estaturas no había menguado en un solo milímetro; todavía seguía pasándome la cabeza. A su lado, me sentía insignificante..., pero aquel hombre era mi amigo.

Y ésta es la historia de su heroica acción, según él me la contó y que yo he redactado en tercera persona, a fin de dar mayor amenidad

al relato.

CAPÍTULO II

El primer secretario de Asuntos Interestelares leyó los últimos informes que habían llegado a su despacho y su rostro se cubrió de sombras. Inmediatamente, llamó a su ayudante y le pidió que informase al presidente sobre la conveniencia de convocar consejo de ministros.

Veinticuatro horas más tarde, el consejo de ministros de la Tierra había tomado una decisión. Con ligeros retoques, el plan propuesto por Simón Wallens, primer secretario de Asuntos Interestelares, había sido aceptada plenamente. Ahora sólo faltaba su puesta en práctica.

A las diez de la mañana siguiente, Ethan P. Hardley entró en el despacho de Wallens.

—Señor —saludó respetuosamente.

Wallens se echó hacia atrás en su sillón y miró de hito en hito al recién llegado.

—Capitán Hardley, ¿qué noticias tiene usted sobre la situación? —preguntó.

—¿Qué situación, señor?

—No se haga el tonto. Demasiado lo sabe. Me refiero a las relaciones entre Tuxolt 2 y la Tierra.

—Son bastante tensas, señor. El Primer Servidor ha hecho comentarios bastante duros acerca del gobierno actual de este planeta. Pese a las frases conciliadoras intercaladas en el último discurso, sus intenciones no parecen ser demasiado… aceptables, diría yo.

—Capitán, ¿sabe usted que nada menos que nueve planetas han aceptado, entusiasmados y felices, sus habitantes, claro, la «protección» de Tuxolt 2?

—A cualquier cosa se le llama protección, señor —sonrió Hardley—. Yo diría más bien anexión pura y simple.

—Exacto, capitán. Lo curioso del caso, y lo que más me preocupa, naturalmente, es que las gentes de esos planetas han acogido con enorme entusiasmo la llegada de las tropas tuxoltianas. He visto los noticiarios televisados y he podido darme cuenta de que no hay truco en la recepción de los «protectores». Nuestros agentes, asimismo, han hablado entusiasmados de los actos celebrados en honor del Alto Comisario de Tuxolt 2 y de su séquito. Es algo que no comprendo en absoluto, se lo digo con toda sinceridad.

Hardley frunció el ceño.

—Señor, empiezo a sospechar que el Primer Servidor abriga intenciones análogas con respecto a la Tierra —dijo.

—El embajador tuxoltiano nos ha entregado el borrador de un tratado de «protección» —dijo Wallens, a la vez que tocaba con la mano una carpeta que tenía sobre la mesa—. Es muy simple: debemos admitir dos millones de soldados, al mando de un Alto Comisario, los cuales se distribuirán por la Tierra, siendo ellos, a su vez, comisarios de todas las tuerzas militares *y* policiales del planeta, con derecho a ejercer el veto en decisiones que estimen puedan resultar perjudiciales para Tuxolt 2.

—Dos millones de soldados tienen un presupuesto nada bajo, señor —observó Hardley pensativamente.

—Oh, nosotros nos encargaremos de sus salarios y mantenimiento, tanto de hombres como de edificios y vehículos, aparte de pagar la décima parte del uno por ciento del producto bruto del planeta, impuesto que, naturalmente, será ingresado en las arcas de Tuxolt 2. Ese impuesto, como es fácil de comprender, podrá ser

abonado parte en metálico y parte en especies. Así de sencillo, capitán.

—¿A cuánto asciende la décima parte del uno por ciento, señor?

—Aproximadamente, quinientos billones de unidades de moneda, teniendo en cuenta que el producto total bruto asciende a quinientos trillones. Una fruslería, muchacho.

—Sí, la limosna que se arroja al sombrero de un mendigo —comentó Hardley con buen humor—, Pero me imagino que el gobierno no querrá aceptar ese tratado.

—Por eso le he llamado a usted, capitán.

Hubo un momento de silencio. Hardley consideraba la respuesta del primer secretario.

—¿Qué he de hacer, señor —preguntó al cabo.

De pronto, se oyó un zumbido. Wallens alargó la mano hacia una caja que tenía a la derecha y presionó una tecla. A los pocos segundos, empezó a salir una ancha cinta de papel, impresa con un mensaje, que levo rápidamente.

Las facciones de Wallens se contrajeron.

—El Primer Servidor de Tuxolt 2 acaba de poner bajo su «protección» a Olían. Con éste ya son diez los planetas que han caído en las ávidas manos de Summor Yaxiuth, el hombre que se hace llamar Primer Servidor —dijo amargamente.

—El primer servidor —sonrió Hardley—. Supongo que Yaxiuth pondrá ahora Olián como nuevo ejemplo para la Tierra.

—Seguro, capitán.

—Diez planetas, veinte millones de soldados-comisarios.. Ese es un gasto terrible —comentó Hardley.

—Los beneficios lo valen. Esos veinte millones de soldados serán los que, prácticamente, trabajen, porque los tuxoltianos vivirán sin dar golpe, merced a los miles de millones de esclavos que lo harán para ellos. En tales circunstancias, ¿cómo podrían los tuxoltianos estar descontentos de la política de su Primer Servidor?

—Antiguamente, en la Tierra, había naciones que prosperaban

merced al trabajo de los esclavos.

—Ahora sucede lo mismo, sólo que a escala planetaria. Pero a nosotros, los terrestres, no nos gusta ser esclavos. Y queremos evitarlo.

—Una guerra interplanetaria resultaría funesta —observó Hardley,

—Es algo impensable. Lo que se haya de hacer, tiene que ser ejecutado por un solo hombre. Y no crea que le envío para asesinar a Yaxiuth; su «delfín», Jan Philway, seguiría su misma política.

—Un terrestre —dijo Hardley, vivamente sorprendido.

—Tan tuxoltiano como el que más. Yaxiuth confía tanto en Philway, que le ha ascendido al rango de Segunda Servidor, con el beneplácito de todo su gobierno y el estado mayor en pleno. No, la muerte de Yaxiuth no nos resolvería nada. Y es obvio que resultaría imposible eliminar a los dos centenares de personas que componen el cerebro de Tuxolt 2.

—Entonces, ¿qué me sugiere usted, señor?

—Sólo una cosa: averiguar de qué modo se granjea Yaxiuth la voluntad de los habitantes de los planetas que ha sojuzgado. Si los terrestres empezaran a aclamar a Yaxiuth como su salvador, ¿qué podríamos hacer nosotros, los miembros del gabinete?

—No cabe pensar en el soborno. Son demasiadas personas las que aclaman a Yaxiuth. Siempre encontraría gentes honestas y resistentes al dinero.

—Eso es lo que debe averiguar; y pronto, no tenemos demasiado tiempo. Yaxiuth nos ha concedido un máximo de dos meses para iniciar las conversaciones sobre el tratado. Aunque durasen otro mes, tendríamos tres en total para saber si seguiremos siendo libres o hemos de someternos a la esclavitud.

Hardley asintió.

—Procuraré ser rápido, señor —manifestó.

—Una cosa, capitán. Si bien dispondrá de carta blanca y fondos ilimitados, en caso de que algo le suceda, no nos haremos responsables de nada.



—Es la suerte de los agentes secretos —sonrió Hardley—. ¿Cuántos han perdido va?

Wallens se removió inquieto en el sillón.

—Verá, capitán; hasta ahora...

—Oh, vamos, vamos, señor. Soy de la profesión y no me asusto tan fácilmente. Si me asustara, sería granjero, que es un oficio que me gusta mucho.

—Son cuatro los agentes que se han perdido —admitió Wallens de mala gana—. Pero si saca adelante este caso, le prometo que podrá convertirse en un granjero a su regreso. Le concederemos el retiro anticipadamente, más una suma que le permitirá vivir el resto de sus días a cubierto de toda necesidad,

—Me conformo con lo suficiente para comprar una granja. ¿Cuándo debo partir?

—Aguarde un momento, capitán.

Wallens abrió uno de los cajones de la mesa, sacó una fotografía y se la tendió a su subordinado.

—Contemple el rostro de esa mujer —indicó—. Es Vega D'Olián, princesa-gobernadora de Olián. Hace tiempo nos pidió ayuda, pero, desgraciadamente, no hemos podido hacer nada. Vaya a verla, hable con ella y pídale ayuda… para ayudarla.

—Estará en su palacio, supongo.

—No. Ha desaparecido. Ignoramos su paradero, capitán.

—¡ Caramba, señor! Me están poniendo las cosas verdaderamente difíciles —se quejó Hardley.

—Aguarde un momento, capitán. Habíamos establecido una contraseña con Vega D’Olián, para que pudiera recibir sin temor a nuestro enviado. Esa contraseña ha de mencionar la altura del Everest, en comparación con el monte Huphix, que es el más alto de Olián. Si la persona con la que habla admite que Huphix es menos elevado que el Everest, confíe en ella. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Creo que no tengo más que decirle, capitán, excepto... —

Wallens suspiró y añadió—; ¡Buena suerte y que Dios le proteja, muchacho!

* * *

Hardley aterrizó en Olián, sin sufrir el menor contratiempo. En el astropuerto vio, apenas desembarcado, un gigantesco mural, con la efigie de Summor Yaxiuth, bajo el cual se divisaba una leyenda altamente significativa:

SUMMOR YAXIUTH ES TU PRIMER SERVIDOR.

¡SIRVELE!

Hardley contempló unos instantes el rostro del dictador, una cara alargada, de largos cabellos blancos, que no correspondían demasiado a la edad de Yaxiuth, y una barbita en punta, junto con unos ojos penetrantes y una nariz aguileña, a cuyos rasgos era preciso añadir unos labios delgados y escasamente amables, a pesar de la sonrisa que en ellos florecía. A Hardley le pareció un demonio disfrazado de persona pacífica y amistosa.

—Está contemplando el retrato de nuestro Primer Servidor — dijo alguien de pronto a su lado.

Hardley se volvió y sonrió al hombre con uniforme de aduanero que tenía a su lado.

—Pues… sí, no le había visto apenas…

—¿Es de la Tierra?

—De allí vengo, amigo —contestó Hardley alegremente—. Aquí tiene mi documentación…

El aduanero hizo un gesto con la mano.

—Oh, no hace falta, señor; me basta con su palabra. ¿Piensa

quedarse mucho tiempo en Olián?

A Hardley le habían ofrecido diversas caracterizaciones antes de salir de su planeta; comerciante, antropólogo, arqueólogo... Había rechazado todos esos papeles, alegando que no sabría desempeñar el elegido con la debida eficiencia. Prefería pasar por un turista, que deseaba gastar un poco de dinero de la herencia que le había correspondido unas semanas antes, después de la muerte de su abuelo. Si se mostraba derrochador, a nadie le extrañaría.

—Un par de semanas, quizá algo más —contestó—. Hasta que se me acabe la «pasta».

—La «past…»Ah, sí, señor, el dinero —sondó el funcionario,

Hardley le guiñó un ojo.

—Me ha tocado un premio gordo de la Lotería: se me murió el abuelo rico. El abuelo pobre está como un roble. Ya ve lo que son las cosas, ¿eh?

—Le deseo una feliz estancia en Olián. señor. Bien venido a nuestro planeta, en nombre del Primer Servidor.

—Que Dios le proteja mil años —dijo Hardley gravemente. Agarró el maletín de mano y se encaminó en busca de la salida del astropuerto. El resto del equipaje sería transportado directamente al hotel elegido. Estaba seguro de que lo registrarían exhaustivamente. No encontrarían nada. «A menos que me abran para registrarme el cerebro», pensó.

Un aerotaxi le llevó al hotel. El piloto se deshizo en alabanzas hacia Yaxiuth y declaró que jamás habían vivido tan bien, hasta qué Olián decidió ser protegido por Tuxolt ***2,*** Hardley asintió distraídamente, mientras contemplaba las hileras casi ininterrumpidas de gigantescos retratos del Primer Servidor. Algunos tenían dimensiones inconcebibles: Hardley vio uno que media ciento cincuenta metros de altura por la anchura adecuada. Era, pensó, el culto de la personalidad exacerbado hasta límites indescriptibles. Las gentes, observó asombrado, parecían sentirse contentas y felices con su nueva situación política. ¿Cómo era posible una cosa semejante?, se preguntó. ¿Era que no había nadie capaz de protestar de un tratado impuesto a la fuerza?

Llegó al hotel, se inscribió y tuvo la satisfacción de ver que su equipaje había sido ya llevado, con la debida antelación a la

habitación elegida. Después de un largo y reconfortante baño, se decidió a salir un poco, para conocer la capital del planeta. Durante el viaje, y por medio de hipnopedia, había aprendido muchas cosas de la ciudad y conservaba los detalles en la memoria sin la menor dificultad. No le hacía falta un plano para moverse por la topografía urbana; se sentía como si hubiese vivido allí desde hacía algunos años.

A poca distancia del hotel, oyó de pronto rumores de clarines y trompetas. El gentío corrió hacia una de las amplias avenidas. Hardley oyó también aplausos y aclamaciones. Al acercarse a aquel lugar, vio una formación militar, precedida de una banda, que desfilaba en determinada dirección.

El número de soldados ascendía en total a unos doscientos cincuenta. Un par de compañías, supuso, precedidas de una espectacular banda de música. Los uniformes eran color gris oscuro, casi negro, muy ceñidos al cuerpo, y llevaban unos cascos semiesféricos, grandes, con auriculares y una antenita en la parte superior. Las piernas, calzadas todas ellas con botas altas, negras, charoladas, se movían con absoluta precisión, al compás de la música marcial. Los fusiles, al hombro, tenían exactamente el mismo ángulo de inclinación. Los rostros de los soldados tuxoltianos parecían de piedra, graníticos, impasibles, a pesar del estruendo de los vivas de los aplausos que recibían constantemente. Sólo el comandante de la fuerza parecía sonreír un poco, satisfecho del entusiasmo que demostraban los olianitas.

Alguien lanzó un sonoro «hurra» en honor del Primer Servidor y fue contestado atronadoramente. Hardley también gritó, no menos fervorosamente que los demás.

De repente, se dio cuenta de que se sentía inundado de afecto y amor hacia Summor Yaxiuth.

CAPÍTULO III

Terminó el aseo matinal, salió del baño y atacó el desayuno que ya le habían servido. Mientras comía, con excelente apetito, se estudió a sí mismo, sintiéndose profundamente preocupado.

Sabía perfectamente quién era y qué hacía en Olián, pero, al mismo tiempo, se daba cuenta, aterrado, de sus sentimientos hacia Yaxiuth, El Primer Servidor era un hombre maravilloso, el más perfecto gobernante que jamás había existido: preocupado por la suerte de los ciudadanos y ansioso solamente de su bienestar. Algo le hizo saber que no podría realizar su misión; no podía luchar contra un hombre hacia el que sentía tanto afecto como el que sentía hacia su padre.

Pase a todo, conservaba la suficiente lucidez para razonar y tratar de encontrar una explicación a tan anómala situación psíquica. ¿Qué le había hecho cambiar tan radicalmente de modo de pensar?

De pronto, llamaron a la puerta.

—Pase —dijo.

Tres hombres, vestidos con un uniforme que ya conocía muy bien, entraron en la habitación. Uno de ellos ostentaba unas raras insignias de plata en las hombreras de su uniforme. Los otros dos, supuso Hardley, eran soldados rasos.

El oficial juntó sus tacones e inclinó la cabeza.

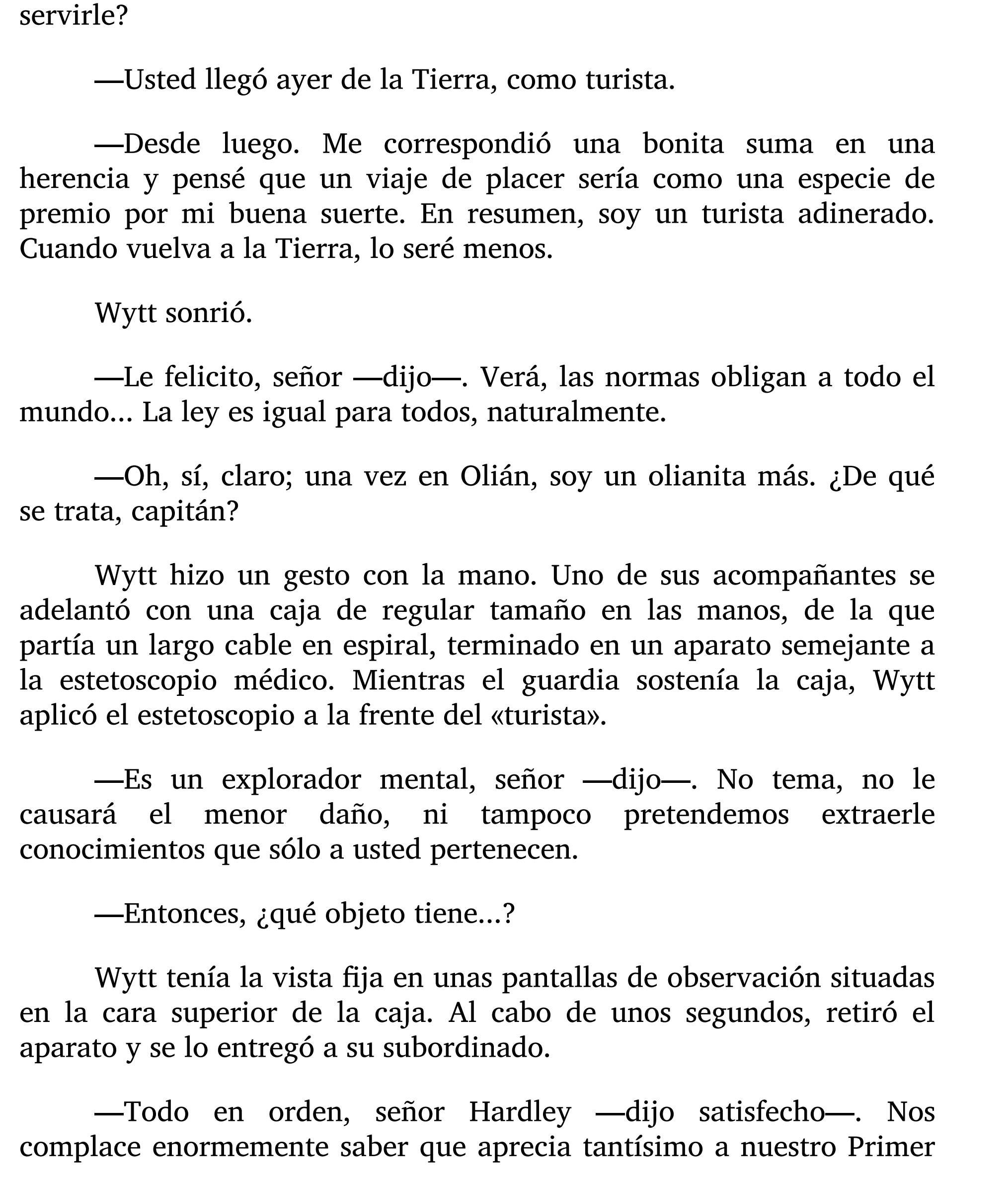
—¿Señor Hardley?

—Sí, yo mismo.

—Permítame que me presente, señor. Capitán Eldo

Wytt, de la Policía de Protección de Olián, al servicio de los ciudadanos, señor.

—Es un placer, capitán Wytt —dijo el joven—. ¿En qué puedo servirle?



—Usted llegó ayer de la Tierra, como turista.

—Desde luego. Me correspondió una bonita suma en una herencia y pensé que un viaje de placer sería como una especie de premio por mi buena suerte. En resumen, soy un turista adinerado. Cuando vuelva a la Tierra, lo seré menos.

Wytt sonrió.

—Le felicito, señor —dijo—. Verá, las normas obligan a todo el mundo... La ley es igual para todos, naturalmente.

—Oh, sí, claro; una vez en Olián, soy un olianita más. ¿De qué se trata, capitán?

Wytt hizo un gesto con la mano. Uno de sus acompañantes se adelantó con una caja de regular tamaño en las manos, de la que partía un largo cable en espiral, terminado en un aparato semejante a la estetoscopio médico. Mientras el guardia sostenía la caja, Wytt aplicó el estetoscopio a la frente del «turista».

—Es un explorador mental, señor —dijo—. No tema, no le causará el menor daño, ni tampoco pretendemos extraerle conocimientos que sólo a usted pertenecen.

—Entonces, ¿qué objeto tiene...?

Wytt tenía la vista fija en unas pantallas de observación situadas en la cara superior de la caja. Al cabo de unos segundos, retiró el aparato y se lo entregó a su subordinado.

—Todo en orden, señor Hardley —dijo satisfecho—. Nos complace enormemente saber que aprecia tantísimo a nuestro Primer

Servidor. Disculpe las molestias y téngame también por su servidor.

Los tres individuos se retiraron antes de que Hardley tuviera tiempo de abrir la boca. Al quedarse solo, Hardley volvió a la mesa del desayuno y se sirvió pensativamente una taza de café.

Sí, él apreciaba, incluso amaba a Yaxiuth. Si se lo hubieran preguntado, lo habría declarado sin vacilar, con absoluta sinceridad. Pero en lugar de inquirir sobre su forma de pensar, se habían limitado a explorar su mente.

—Eso es que no se fían de las palabras —dedujo finalmente—. El cerebro no engaña; la boca, sí.

Estremecido de pánico, se preguntó si aquella sonda mental habría descubierto su verdadera identidad. Wytt había asegurado que sólo trataba de cerciorarse de sus sentimientos hacia Yaxiuth, pero ¿cómo creer al esbirro?

De repente, se sintió muy tranquilizado. Si Wytt hubiese averiguado cuál era su verdadera identidad, ya le habría arrestado. Los tuxoltianos sólo tenían interés en que la gente amase al Primer Servidor. Lo demás les tenía sin cuidado.

Más calmado, decidió salir a la calle, sin rumbo fijo, preguntándose dónde y cuándo encontraría a un tipo con el que discutir sobre las colas respectivas del Everest y del Huphix.

Lo curioso de todo era que estaba allí como espía y que no podría luchar contra Yaxiuth. ¿Les había sucedido lo mismo a los agentes que le precedieron?

* * *

Dos días más tarde, volvió a presenciar el desfile militar. Alguien dijo a su lado que era el relevo de la guardia en el palacio del Alto Comisario de Tuxolt 2. Pero, para asombro suyo, aquel día, en lugar de aplausos y vítores, hubo toda suerte de gritos hostiles e investivas contra el primer ministro.

Los soldados, sin embargo, continuaron su desfile, con la impasibilidad habitual, sin prestar atención a los continuos abucheos

de la multitud. Hardley gritó también imprecaciones contra el Primer Servidor. Por la noche, en su hotel, intentó analizar sus sentimientos. No era posible variar de opinión de forma tan radical: amando a Yaxiuth por la mañana y odiándolo por la tarde.

A la mañana siguiente, cuando despertó, lo primero que vieron sus ojos fue el inevitable retrato de Yaxiuth, colgado de una de las paredes del dormitorio. Hardley se sintió invadido por una cálida oleada de amor y gratitud hacia el Primer Servidor.

«Anoche me porté como un salvaje. Nunca debía haber insultado a un hombre que hace tanto por nuestro bienestar», se dijo.

Hardley se sentía totalmente desconcertado. Aquello que le sucedía no era lógico, no tenía explicación de ninguna clase. Le habían enviado a luchar contra Yaxiuth y no podía hacerlo, porque sentía un infinito afecto por el Primer Servidor. ¿Cómo entender sentimientos tan contrapuestos?

Más tarde, volvió a salir y visitó los lugares de mayor interés turístico, tomando las adecuadas fotografías con su cámara. Lo curioso del caso era que Olián había sido ocupado, pero apenas se veían uniformes tuxoltianos por las calles. Un estado de ocupación semejante habría provocado grandes levantamientos, ataques a las tropas invasoras... y en lugar de ello, se las aclamaba con frenesí pocas veces visto.

Cenó en un lujoso restaurante, provisto, cómo no, del inevitable retrato del Primer Servidor, y regresó al hotel. Al acercarse a la recepción para tomar su llave, vio algo que no estaba allí al salir.

Era una gran fotografía, en colores de una pureza singular, de una hermosa montaña, parcialmente cubierta de nieve, y que destacaba de las restantes que componían la cordillera. Al pie del cartel turístico, leyó frases que se referían elogiosamente a la belleza de los paisajes que podían verse en el monte Huphix y sus alrededores

El jefe de recepción de aquel turno se le acercó con la sonrisa en los labios

—Al señor le gustaría, sin duda, hacer una excursión al monte Huphix —dijo.

Hardley contuvo la respiración un instante. «¡Por fin!, ¡el contacto!», pensó.

—No estaría mal —contestó con cierta displicencia—.

Aunque sin ánimo de ofender, para quien ha estado en el Everest terrestre, el Huphix apenas si puede añadir nada nuevo a la experiencia turística.

—Oh, señor Hardley, aunque el Huphix no es tan alto como el Everest, la vista es mucho más hermosa.

—Las opiniones discrepan, pero no haré un *casus belli* del tema —rió el turista—. Quizá sí, quizá resulte interesante la excursión.

—En tal caso, le ruego acuda a La Escala de Oro. Allí está el guía que necesita. El hombre es Roslum Hanor y, créame, nadie mejor que él para acompañarle a la cima del Huphix.

—Iré en seguida, si me indica dónde puedo encontrar ese local, amigo mío.

* * *

La Escala de Oro era un lugar donde había bebidas en abundancia y mujeres hermosas y alegres. Hardley se deshizo del acoso de un par de muchachas verdaderamente atractivas, y llegó al mostrador. Una *barmaid* puso delante de él una copa llena de espumeante líquido. Hardley probó el champaña nativo, lo encontró aceptable y dejó una moneda sobre el mostrador.

—Me han dicho que se encuentra aquí un guía de alta montaña, llamado Hanor —manifestó.

La *barmaid* asintió.

—Cierto, señor —dijo—. Mírelo, allí, en aquella mesa …

Hardley volvió la vista. Hanor era un sujeto gigantesco, con la barba de un pirata y la risa fácil y estruendosa. Tenía dos mujeres sentadas en las rodillas y dos más, sentadas en la mesa, frente a sí. El champaña corría con prodigalidad en aquel sitio.

—Envíe dos botellas más —indicó Hardley a la camarera. Añadió algunos billetes—. Para usted la vuelta, encanto.

—Gracias, señor,

Hardley esperó a que otra camarera hubiese llevado las botellas, Hanor acogió la llegada con alegría y receto a un tiempo.

—¿Quién es la persona generosa que...?

—Yo —dijo el terrestre—. Permitan que les invite un turista ocioso y aburrido, procedente de la Tierra.

Las chicas palmotearon. Hanor miró al joven, sonriendo a través de la barba.

—Turista, ¿eh?

Hardley descorchó una de las botellas.

—Quiero contratarle —dijo—. Tengo ganas de saber si el Huphix es más alto que el Everest terrestre. Los apógrafos dicen que sí, pero yo opino todo lo contrario ¿Usted, qué piensa, Roslum?

Hanor seguía sonriendo, pero su expresión había variado radicalmente.

—Eso sólo se puede saber, subiendo a la cima —dijo—. ¿Quiere contratarme como guía?

—Sí.

—Está bien, discutiremos en privada los términos del contrato —Hanor se puso en pie—. Chicas, seguid bebiendo aquí a nuestra salud; volveré antes de un cuarto de hora. Tengo que hablar con mi cliente... y si no trabajo, no podréis seguir bebiendo champaña gratis —agitó una mano—. Sígame, terrestre orgulloso.

Hardley echó a andar detrás del gigantesco individuo. De pronto, Hanor tocó en el hombro a una de las camareras.

—Anda, guapa, llévanos una botella de lo mejor al número catorce. Este amigo ,y yo tenemos que charlar sobre una excursión al Huphix.

—Sí, señor, al momento.

Hardley estudió un segundo a la camarera, sucintamente ataviada, aunque con los senos cubiertos, en contraste con otros lugares que había visitado anteriormente. Era muy alta, de facciones

regulares, aunque no precisamente bella. La silueta, sin embargo, era enormemente atractiva. El pelo era negro, brillante como ala de cuervo. Los ojos, apreció, tenían un color indefinible; tan pronto parecían negros como verdes y chispeaban de un modo singular.

—Vamos, amigo —dijo Hanor, tirando del brazo del terrestre—. Si luego tiene ganas de jarana, le presentaré a un par de chicas, capaces de hacer maravillas con un hombre.

—No me gustan los tríos —contestó Hardley sonriendo.

—Ellas se alternan, si el cliente lo desea. Mientras una actúa, la otra aguarda en la habitación contigua —contestó Hanor con una estrepitosa carcajada.

Entraron en el reservado. Hanor abandonó su expresión de juerguista y le miró fijamente.

—Así que usted es Hardley —dijo.

—Sí. Llámame por mi nombre, Roslum.

Hanor alargó su manaza.

—Bien venido a Olián, aunque de sobra sé que no podrás hacer nada. Apuesto doble contra sencillo a que sientes un enorme afecto hacia el Primer Servidor.

—Ganarías —sonrió el terrestre—. Pero ¿impide eso saber dónde está oculta la princesa Vega?

Unos nudillos sonaron en aquel momento en la puerta. Hanor cruzó el reservado y abrió. La camarera entró, mientras Hanor cerraba de nuevo.

—Ethan, ahí tienes a la princesa Vega D'Olián —dijo el guía sorprendentemente.

CAPÍTULO IV

La camarera tenía la vista fija en Hardley, El terrestre apreció el suave movimiento de ascenso y descenso de los senos de Vega. De pronto, Hardley hizo un gesto negativo.

—No, no es ella —dijo—. He visto su fotografía. Esta chica se parece tanto a Vega como yo a un higo chumbo.

La camarera hizo un leve gesto con la cabeza.

—Roslum, aguarda afuera, por favor.

—Sí, señora. —Hanor sonrió—. No te alarmes Ethan; a veces, la camarera se queda un ratito con el cliente.

La puerta se cerró. Entonces, ella, lentamente, se quitó la máscara que cubría sus facciones y a las que se adaptaba con absoluta precisión.

—¿Me reconoces ahora?

Hardley asintió.

—Lo siento, señora...

—Llámame Vega sin temor. Es un nombre relativamente corriente; no soy la única que lo lleva.

—Sí... —Hardley tragó saliva, mientras veía a la joven colocarse la máscara nuevamente—. Sí, señora. Nunca me hubiese imaginado...

—Me buscan por todas partes. No quiero ser una marioneta en sus manos, Ethan Hardley.

—Pero... aquí, todo el mundo adora a Yaxiuth. Yo mismo me siento encantado de que él nos gobierne. ¿Cómo se entiende una cosa semejante? Me enviaron aquí para luchar contra él, y sé que no podré hacerlo.

—Yo también siento un enorme afecto hacia Yaxiuth y no logro comprender qué es lo que pasa, A lo más que he llegado ha sido a esconderme, bajo esta máscara y el empleo de camarera, pero si ahora me dijeran de encabezar una rebelión contra Yaxiuth, sinceramente, no podría hacerlo. A todos nos pasa lo mismo, Ethan; es como cuando alguien está enamorado de un ser maligno y no lo puede remediar y hace todo lo que él quiera, aun dándose cuenta de que se trata de los peores crímenes. Todos los olianitas detestamos y amamos al mismo tiempo a Yaxiuth; sabemos que nos ha esclavizado, pero, a pesar de todo, sentimos hacia él una total idolatría. ¿Tienes alguna opinión al respecto?

Hardley se tironeó pensativamente del labio inferior.

—Aquí sucede algo incomprensible —dijo, mientras se paseaba por el reservado—. Yo sé que me han asignado una misión, pero no puedo llevarla a cabo. Tú sabes que esta situación no es buena para tu pueblo, pero estás imposibilitada de rebelarte. El recepcionista del hotel sabe que soy un agente de la Tierra y me ha ayudado, pero si ahora le pidiese que me diera armas para luchar contra los guardias de Yaxiuth, se negaría. Es una situación absurda, disparatada..., pero absolutamente real.

Los brazos de Vega cayeron laciamente a sus costados.

—Temo que no podremos hacer nada —dijo, afligida.

De repente, Hardley levantó una mano.

—Aguarda —dijo—. Desde el primer momento de la llegada, yo sentí afecto hacia Yaxiuth. Pero hubo un día en que la multitud increpó a los tuxoltianos y los insultó salvajemente. Yo también lo hice y, al día siguiente, sin embargo, me sentía avergonzado de mi comportamiento y volvía a adorar al Primer Servidor. ¿Te explicas lo que ha sucedido?

—No, aunque sí he podido darme cuenta de un detalle. Aproximadamente, cada tres semanas, sucede algo por el estilo. Es como si la gente despertase y se diese cuenta de que Olián ha sido ocupado, y entonces protesta y silba y apostrofa a los ocupantes; pero al día siguiente todo se ha pasado y se vuelve a la normalidad,

Hardley movió la cabeza,

—Tengo una vaga idea sobre el particular —manifestó—. Pero desearía comprobarla.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió Vega.

—No me gustaría volver a hablar contigo en este lugar —dijo él —. Necesito encontrarme contigo en un sitio donde podemos estar más tiempo, sin prisas. ¿Qué me aconsejas?

—Ven mañana por la noche a mi casa. Es mi día libre —respondió la joven—, Tengo alquilada una casita, en las afueras. Me la indicó el dueño del local, era muy amigo de mi padre.

—Es curioso —murmuró Hardley—. Sabemos que hemos de luchar contra Yaxiuth, pero, al mismo tiempo, le veneramos como a un ídolo. No acabo de entenderlo del todo, aunque mañana, quizá pueda encontrar la explicación para esta absurda situación.

—Es posible que te ayude que puedes actuar con normalidad mientras no pienses en Yaxiuth ó sus esbirros. Entonces, sientes afecto hacia todo lo tuxoltiano.

—Sí, es lo que sucede —convino el terrestre—. Por favor, indícame tu dirección.

Vega lo hizo así. Luego añadió:

—Debo regresar a la sala.

La puerta se abrió en aquel momento de golpe. Hanor dio un paso en el interior. Hardley observó que tenía los ojos muy abiertos y la mano izquierda crispada sobre el pecho.

A través de los dedos, fluía un líquido rojo de inconfundible significado. Hardley presintió que Vega iba a lanzar un chillido y se apresuró a taparle la boca con una mano.

Hanor se desplomó de bruces, con sordo estruendo. Hardley habló al oído de la joven.

—No grites.

Soltó a Vega y cerró la puerta. Luego se arrodilló junto al guía y le dio la vuelta.

—Roslum —llamó.

Hanor abrió los ojos.

—Ese… Maldito… Wytt.. Ten cuidado con él; es el hombre de

confianza de Kutkowo.

—Pero ¿cómo te ha atacado? Tú no has podido provocarle, Roslum.

—No hubo... provocación,.. Me atacó... impensad...—La voz del guía se convirtió de pronto en un suspiro ininteligible. Dobló la cabeza a un lado y se quedo inmóvil.

Hardley se levantó. Extrañamente, no sentía el menor odio hacia el asesino de Hanor. Sin embargo, se daba cuenta claramente de que Wytt había dado muerte al guía, como una especie de ejemplo y aviso.

Por lo tanto, Wytt conocía su identidad y los motivos que le habían llevado a Olián.

Volvió la cabeza hacia Vega.

—Dime una cosa. Aparte de mí, ¿quiénes más conocen tu domicilio en la ciudad?

—Sólo el dueño. Ni siquiera Hanor lo sabía —respondió la joven.

Hardley reflexionó unos momentos.

—Es terrible esto de huir de una persona a la cual aprecias enormemente, porque sabes que te está aguardando para matarte —dijo al cabo—. Vega, no podemos volver al salón.

—Entonces...

Hardley apagó la luz y corrió hacia la ventana. El suelo estaba a cinco metros de distancia,

—Ven —llamó.

Momentos después, estaban fuera del edificio.

—Regresa a tu casa —dijo él—. Yo le veré mañana por la noche.

—Pero, Ethan, Wytt puede preguntarle al dueño... Tendrá que contestar; siempre contestamos con la verdad a los tuxoltianos. No podemos decirles mentiras.

—Es cierto —convino él, preocupadamente—. De todos modos, vete; se me ha ocurrido una idea, que obviará ese inconveniente.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, Vega abrió la puerta de la casita en que residía. El aeromóvil que Hardley había alquilado estaba posado sobre el patio trasero. Hardley cargado con un pesado fardo, que depositó en el centro de la salita.

—Todavía no he terminado —dijo, sonriendo brillantemente.

Hardley hizo un par de viajes más. Luego cerró la puerta.

—Siéntate, Vega.

Ella obedeció. Hardley puso delante de la joven uno de los fardos, del que salía una manguera flexible, con una mascarilla, que sujetó a su cabeza, por medio de unas cintas elásticas. Luego se colocó unos auriculares y repitió a continuación la misma tarea para él.

—Respira hondo y lentamente —indicó.

Asombrada, Vega se dio cuenta de que escuchaba la voz del terrestre a través de los auriculares que llevaba puestos y comprendió que el diálogo se realizaba por ondas de radio. Hardley tenía la vista fija en su reloj.

Al cabo de cinco minutos, preguntó:

—Vega, ¿odias a Yaxiuth o lo amas?

—Le detesto con lo más profundo de mi corazón —respondió ella tajantemente.

—Me gustaría no llevar puesta la máscara; así lanzaría una gran carcajada —dijo Hardley alegremente—. He encontrado la explicación para el problema, aunque no la solución, claro.

—Ante todo, una cosa, Ethan. Dime, ¿cómo es que Wytt no ha venido a molestarme en absoluto? Todo el día he temido su visita...

—La explicación es bien sencilla —respondió Hardley—. Un olianita no puede mentir a un tuxoltiano, pero un terrestre sí puede mentir a un olianita y viceversa. El olianita no sospechará que el

terrestre le engaña y, si algún tuxoltiano le pregunta qué le ha dicho el terrestre, contestará exactamente con la verdad.

—La verdad, ¿de qué?

—De la mentira, valga la paradoja. Para ser más breves, le dije al dueño que te habías cambiado de domicilio, porque esta casa no te gustaba en absoluto. Me inventé una nueva dirección... y cuando me marché, Wytt se acercaba al mostrador, para hablar con tu amigo.

Vega sonrió. Para mayor comodidad, se quitaba la máscara cuando nadie podía verla. Pero ahora sus facciones quedaban ocultas bajo otra clase de máscara

—Aclarado un enigma —dijo—. Ahora, explícame por qué detesto tanto al Primer Servidor.

—Vega, estás respirando aire de la Tierra.

Ella abrió los ojos desmesuradamente. En un instante, había comprendido la verdad.

—¡ Envenenaron nuestra atmósfera! —exclamó.

—Una definición muy ajustada a la realidad —confirmó él,

—Pero... es monstruoso.,, Olián es casi tan grande como la Tierra. Son trillones de kilómetros cúbicos de aire...

—Vega, ignoramos el procedimiento, pero una cosa es indudable: Yaxiuth consigue su poderío merced a la droga que infiltra en la atmósfera de los planetas puestos bajo su «protección», droga que es preciso renovar periódicamente, porque, de lo contrario, los «protegidos» dejan de sentir afecto hacia él. Desconozco, repito, el procedimiento, pero una cosa es segura: si queremos evitar que Yaxiuth siga esclavizándonos, deberemos luchar en su propio terreno.

—¿En... Tuxolt 2?

—Sí.

Vega calló unos momentos. Sentíase admirada de no haber hallado la solución antes, pero quizá era por su misma sencillez. No obstante, pensó, conocer una enfermedad no era lo mismo que poder curarla,

—De modo que piensas ir a Tuxolt 2.

—Desde luego. Puede decirse que Yaxiuth utiliza contra Olián un arma. Entonces, es preciso encontrarla y destruirla.

—No será fácil. Yo diría más bien que es imposible.

—Lo imposible sigue siéndolo, cuando no se hace porque sea posible —contestó él sentenciosamente—. Hay agentes de la Tierra en Tuxolt 2, que están allí desde hace mucho tiempo, llevando una vida absolutamente normal. Contactaré con alguno y conoceré sus observaciones.

—¿Cuándo piensas marchar?

—Llevo aquí todavía poco tiempo y dije que estaría unas tres semanas. No puedo marcharme antes, sin despertar sospechas.

—Pero ellos ya saben que...

—Sí, lo saben; pero hay que cubrir las apariencias,

—Comprendo. Ethan, una pregunta.

—Sí, dime.

—¿Cómo has conseguido aire de la Tierra?

Hardley sonrió bajo la máscara.

—Fui a la nave. El capitán es amigo mío. Simplemente pedí dos mochilas con depósitos de aire que, naturalmente, habían sido cargados en la Tierra, Pueden servir tanto para personas que deben salir al espacio, como para utilizarlos durante una emergencia en el propio interior de la nave. La carga sirve para tres horas.

Vega consultó su reloj.

—Llevamos casi media hora —dijo.

—Pronto dejaremos de usarlas. Ahora tenemos que resolver otro problema.

—¿Cuál, Ethan?

—No puedes seguir aquí. Wytt habrá ido a la falsa dirección que le dio el dueño de La Escala de Oro y, naturalmente, no te habrá encontrado. Empezará a pensar y acabará por venir aquí.

—Entonces, tu ardid no ha servido para nada...

—Sí, desde luego. Anda, quítate la máscara, mete sigo de ropa en un maletín y ponte tu cara artificial.

Vega lo hizo así. Unos minutos más tarde, salían a pie de la casa. Para asombro de la joven, se detuvieron cien metros más adelante, en otra casa análoga.

—Está deshabitada. Sus dueños la pusieron en venta, no hay comprador por el momento —dijo él.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Vega, asombrada.

—Estuve en vuestro registro de la propiedad, inspeccionando lugares donde poder escondernos, bajo el pretexto de que quería adquirir una residencia para mí, Tomé nota de unas cuantas y elegí ésta.

—¿La has comprado?

—Oh, no; he dado un anticipo para la compra de otra, situada en el lado opuesto de la ciudad. Incluso me han dejado las llaves para que resida en ella unos cuantos días, y ver si así acaba de gustarme. Pero no dije que pensaba traerte aquí.

Hardley era hombre de fértil ingenio y había ido provisto de una serie de ganzúas, una de las cuales le sirvió para abrir la puerta,

—Entra; yo traeré el resto de mis cosas —dijo—. Y mientras permanezcas aquí, ten las ventanas cerradas a cal y canto. Abre solamente a altas horas de la noche y no enciendas la luz.

—Tú te marchas, supongo.

—Sí, debo volver al hotel, a seguir desempeñando la comedia. Pero no temas, volveré a verte. Y te traeré comida, claro —comentó Hardley sonriendo.

CAPITULO V

Durante varios días, todo transcurrió con completa normalidad. No obstante, Hardley se dio cuenta de que, en ocasiones, era seguido, aunque procuró no dar a entender que lo había advertido. Era hombre hábil y casi siempre conseguía despistar a su «sombra», muy especialmente cuando, por la noche, iba a visitar a Vega.

Era curioso, se dijo. Estaba luchando contra un hombre hacia el que sentía infinito afecto. Le parecía algo monstruoso. ¿Cómo podía desear daño a un ser que tanto bienestar proporcionaba a cuantos se hallaban sujetos a sus leyes?

Había en aquella situación un extraño contraste de sentimientos, que no podía comprender totalmente. Por un lado, amaba a Yaxiuth; por otro, deseaba su destrucción, De momento, se dijo, lo que estaba haciendo no era de gran importancia. Habría que ver cuando realizase acciones de mayor intensidad.

—O cuando intente realizarías, que no es lo mismo —se dijo—. Entonces, quizá no pueda mover un dedo contra él.

Fuese como fuese, era preciso intentarlo. Pero el plazo fijado para su estancia no había transcurrido todavía y era preciso esperar a la fecha acordada para su marcha de Olián.

Aquella noche, como tantas otras, se deshizo del espía. Visitó a Vega, estuvo con ella unos treinta minutos y luego emprendió, el regreso al hotel.

El aeromóvil quedó en la terraza de estacionamiento, situada en el patio posterior. Hardley se apeó y empezó a caminar hacia la puerta. De pronto, oyó unos gemidos sofocados a corta distancia.

Volvió la cabeza. Alguien forcejeaba a veinte pasos. Hardley vio una cabellera, revuelta y unas ropas de mujer, que se agitaban con

violencia. Inmediatamente comprendió lo que sucedía y echó a correr.

El atacante le vio y trató de hacerle frente. Hardley le arreó un par de buenos puñetazos, derribándole con los pies por alto. La mujer se había retirado un poco y, apoyada en el costado de un aeromóvil, le miraba estupefacta.

Hardley se inclinó y agarró al ladrón por la pechera de su traje.

—¿Le ha quitado algo, señora?—preguntó.

—No... No ha tenido tiempo... Yo agarraba fuertemente mi bolso...

Hardley pegó un empujón al sujeto.

—Anda, lárgate, imbécil.

El ladrón echó a correr. Hardley se acercó a la mujer.

—Celebro haberle evitado un percance, señora —sonrió—. Si me permite, la acompañaré hasta el hotel. Yo también me hospedo en él,

—Oh. es que yo vivo en otro sitio. Simplemente, vine a cenar con una amiga y luego nos entretuvimos charlando un rato. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos y... Pero me siento muy nerviosa y no sé si podría pilotar mi aeromóvil,,

—Eso tiene fácil solución, señora, si me permite acompañarla a su casa.

Ella le dirigió una intensa mirada.

—No sé cómo agradecérselo, caballero —dijo, a la vez que le tendía la mano—. Me llamo Yena —se presentó.

—Ethan P. Hardley, de la Tierra —contestó el joven, a la vez que se inclinaba galantemente hacia la mano de la dama—. ¿Cuál es su aeromóvil. señora?

—Este, precisamente, señor Hardley.

El terrestre abrió la portezuela. Yena ocupó uno de los asientos. Hardley se sentó en el puesto del piloto y el aparato se elevó inmediatamente.

Diez minutos más tarde, en la terraza de un edificio, Yena se

volvió hacia su acompañante.

—Me gustaría invitarle a una copa, señor Hardley.

—Acepto, con una condición. Llámeme Ethan.

Yena sonrió.

—Desde luego, Ethan.

* * *

Era muy hermosa, alta, de formas opulentas y cabellos suavemente dorados, que caían en largas cascadas a lo largo de su espalda. Al entregar la copa a su invitado, se inclinó lo suficiente para que Hardley pudiera entrever los indudables encantos de su pecho bien formado.

—Tenía que ser de la Tierra —dijo Yena—. Un olianita no se hubiera molestado en acudir en mi ayuda.

—Los hombres de la Tierra somos como los demás. Quizá otro terrestre no hubiera hecho nada.

—El caso es que usted sí lo ha hecho y yo me siento muy agradecida —dijo ella cálidamente.

Hardley miró un instante a la mujer. Debía de hallarse próxima a los treinta años y era terriblemente atractiva.

—Deseo hacerle una pregunta, Yena —dijo de pronto.

—Claro, Ethan.

—¿Es usted casada?

Yena rió suavemente.

—¿Le preocupa eso? —dijo.

Hardley dejó la copa a un lado. Todo se podía combinar, pensó: el placer con el deber. No había limitaciones formales en ese aspecto.

Sus brazos rodearon la esbelta cintura de la mujer.

—Adivino que a ti no te preocupa en absoluto —sonrió.

—Nada, nada de nada —contestó ella.

Hardley se inclinó, pero no buscó la boca de Yena, sino que la suya bajó bastante más abajo del cuello, dirigiéndose rectamente al profundo y cálido valle que separaba los hermosos senos de la mujer.

—Me gustaría encontrarme mañana al ladrón —dijo.

Yena le acariciada los cabellos con una mano.

—¿Para qué, Ethan? —preguntó.

—Para darle una buena propina, por haberme proporcionado la ocasión de conocerte —respondió Hardley.

Sus labios subieron lentamente, en un ardiente recorrido, por la piel tersa y firme, *y* se encontraron con los de Yena, entonces se produjo la fusión de las dos bocas, estallante, apasionada.

A la madrugada, Hardley se quedó completamente dormido. Entonces, Yena se levanto de la cama, envolvió su hermoso cuerpo en una bata y cruzó el apartamento, hasta llegar a la puerta, que abrió de inmediato.

El capitán Wytt aguardaba pacientemente, apoyado en la pared del corredor, con los Brazos cruzados y miró irónicamente a la mujer.

—Has tardado un poco, Yena —dijo.

—Es muy resistente —alegó ella.

—¿En qué sentido lo dices?

Yena sonrió.

—No seas indiscreto, Eldo Wytt —contestó—, Anda, entra, es tuyo.

Wytt hizo una señal con la mano. Dos hombres avanzaron desde el fondo del corredor. Mientras penetraban en el apartamento, Wytt dijo;

—Yena, sinceramente, envidio al terrestre.

Ella suspiró.

—Soy una fiel servidora de nuestro Primer Servidor..., pero le echaré de menos —repuso melancólicamente.

* * *

Hardley despertó y estiró voluptuosamente los brazos. Bostezó, con los ojos todavía medio cerrados y luego empezó a sentarse en la cama.

De pronto, se quedó inmóvil.

Aquélla no era su habitación del hotel. Tampoco estaba en casa de Yena Vriddol.

El dormitorio era cómodo y decorosamente amueblado, aunque no había lujos. Hardley apreció en el acto la ausencia de ventanas.

Desnudo como estaba, corrió hacia la puerta, que no tenía cerradura en el interior. Entonces comprendió que Yena no había sido sino el cebo para el anzuelo que él había mordido tan ingenuamente.

No se enfadó ni perdió los nervios. La culpa de lo que le sucedía era suya, exclusivamente. Se había sentido débil ante una mujer hermosa y ardiente, y ahora estaba pagando las consecuencias.

Era indudable que Yena le había dado un narcótico con las bebidas. Por supuesto, se trataba de una droga de acción muy retardada, o no habría podido disfrutar de los encantos de la mujer. Pero luego, la droga había causado sus efectos y ello había permitido a alguien trasladarle a aquel lugar que le resultaba completamente desconocido.

Al girar en redondo, divisó otra puerta cerca de la cama. Aquella puerta daba a un cuarto de baño el que, según comprobó instantes más tarde, también carecía de ventana. Sólo unas delgadas ranuras en el techo permitían la renovación de la atmósfera ambiental.

Por el momento, no podía hacer nada, salvo resignarse a su suerte. El baño, apreció, estaba provisto de cuanto podía necesitar un hombre para su aseo personal. Había, incluso, un gran pulverizador de

perfume desodorante y, según pudo leer en el envase, era original de una famosa firma terrestre.

Sus ropas estaban en el dormitorio, sobre una silla, de modo que pudo vestirse. No le preocupó que hubieran registrado su billetera; lo único que encontrarían en ella, aparte del dinero y la documentación perfectamente legal, sería el recibo por el anticipo que había dado para una casa que no pensaba comprar.

Tenía algo de sed y bebió agua del grifo del lavabo. Se preguntó si estaría narcotizada. Fuese como fuese, no podría empeorar su situación.

—Y pensar que sigo teniendo afecto a Yaxiuth —murmuró.

De pronto, oyó ruido de cerrojos y salió del baño. El rostro del capitán Wytt apareció de inmediato ante sus ojos. Pero Wytt no venía solo.

El policía se echó a un lado. Un hombre de mediana estatura, ataviado con una lujosa túnica de color púrpura, con grecas plateadas, entró en la habitación,

—Celebro conocerle, señor Hardley —dijo el hombre—. Soy Kutkowo, Alto Comisario.

Hardley se inclinó.

—Es un placer, excelencia —contestó.

—Gracias. Señor Hardley, supongo que se imagina sobradamente los motivos de su estancia en este lugar —dijo Kutkowo.

—Sí, excelencia.

—Sólo deseamos de usted que nos diga una cosa. Apenas tengamos la respuesta, le empeño solemnemente mi palabra de devolverle sano y salvo a la Tierra,

—¿Qué desean de mí, señor? —preguntó Hardley.

—¿Dónde está la princesa Vega?,

El terrestre sonrió.

—Me preguntó cómo es posible que no la hayan encontrado —

dijo,

—Seguramente, no somos tan listos como usted —contestó Kutkowo irónicamente—. Le hemos propuesto un trato sumamente ventajoso. Cuatro de sus colegas no fueron tan afortunados.

—Se me ponen los pelos de punta, excelencia.

Kutkowo apretó los labios.

—Entonces, se niega a contestar —dijo.

Hardley cruzó los brazos sobre el pecho. Kutkowo se volvió hacia Wytt.

—Lo dejo en sus manos, capitán.

—Sí. excelencia.

Kutkowo se marchó. Wytt miró al joven y sonrió.

—Es fuerte, pero no tardará mucho en hablar —aseguró. Hizo un gesto con la mano y un guardia se aprestó a practicar un orificio en la puerta, con la ayuda de una barrena eléctrica.

El trabajo estuvo concluido apenas un par de minutos después. Wytt sonrió.

—Por ese agujero introduciremos un gas narcótico, inocuo para el cuerpo, pero suficiente para dominar su mente —anunció.

—¿Más potente aún que el que está mezclado con la atmósfera del planeta?

Wytt se puso lívido.

—¿Cómo lo sabe? —gritó.

Hardley se tocó la nariz.

—Tengo el olfato de un lobo hambriento —repuso.

Hubo un momento de silencio. Luego Wytt salió y cerró la puerta. A través del orificio, llegó la voz del tuxoltiano.

—¡Conecten el tubo del gas!

* * *

Hardley no perdió, tiempo en actuar. Lo primero que hizo fue correr al baño y apoderarse del desodorante. Después de arrojarse al rostro unas cuantas rociadas, hurgó en sus bolsillos.

Wytt se había portado con absoluta cortesía, dejándole todos sus objetos personales. Hardley sacó su encendedor. Era algo peligroso, pero tenía que intentarlo, se dijo. Si tapaba el orificio por el que entraba el gas lo advertirían y le atarían a la cama para que pudiera aspirarlo forzosamente.

La llamita se encendió justo ante el orificio por donde entraba el gas, que no medía más de un centímetro de diámetro. A los pocos segundos, Hardley vio otra llama que surgía de aquel orificio.

Se retiró un par de pasos. La llama continuaba ardiendo con regularidad. Entonces, corrió hacia la cama y se tumbó en ella, con el colchón por encima.

De súbito, se oyó una atronadora explosión.

La puerta voló en pedazos. Nubes de humo y polvo irrumpieron por el hueco. Cayeron algunos cascotes del techo.

Hardley asomó la cabeza por debajo del colchón y volvió a darse unas cuantas rociadas de desodorante. A los pocos segundos, vio a Wytt en el destrozado umbral, con algo de sangre en la cara y cubierto de polvo de pies a cabeza.

—Parece usted el personaje de una película cómica —dijo Hardley alegremente, a la vez que abandonaba la cama.

Wytt lanzó un rugido de rabia y se abalanzó contra el terrestre. Hardley le aguardó a pie firme. Cuando lo tuvo a su alcance, alargó la mano y le arrojó un chorro de desodorante a los ojos.

El tuxoltiano emitió un rugido de furia. Hardley lo apartó de un manotazo y corrió hacia la puerta.

La bombona que contenía el gas no debía de ser muy grande, posiblemente, como el tubo de desodorante que tenía en la mano; de

lo contrario, los destrozos hubieran sido mucho mayores. Pero no estaba para apreciar los resultados de su labor.

Dio dos pasos fuera de la habitación, pero se detuvo casi en el acto, al ver el pelotón de guardias que acudían hacia aquel lugar.

Volvió la cabeza. El corredor no tenía otra salida.

Resignado, levantó las manos y empezó a retroceder.

CAPÍTULO VI

Los operarios actuaron diestra y rápidamente. Antes de que acabase el día, los daños habían sido reparados ya.

Wytt, con un parche en la cara, le miró malignamente.

—Voy a dejarle veinticuatro horas, para que reflexione, Hardley —anunció—. Pasado ese tiempo, volveré y le ataré a la cama para que respire el gas y hable. Y luego dejaré que el gas siga fluyendo hasta sus pulmones.

—¿Qué pasará entonces?

—Después de una hora, usted será un guiñapo y su mente no se podrá recuperar jamás. Es decir, tendremos la información y nos desharemos de usted.

—Uno bonita perspectiva —comentó Hardley con frialdad.

—Indudablemente. Por cierto, ¿cómo supo que el gas era inflamable?

—¿Es que ustedes no lo sabían?

—Yo no soy químico, señor Hardley.

El terrestre sonrió.

—Se me ocurrió hacer una prueba—dijo—. El gas estaba muy concentrado y yo pensé en la posibilidad de que fuese inflamable.

—¿Y si hubiera fracasado?

Hardley hizo un gesto significativo.

—Vega, *kaputt* —contestó.

—Ah —dijo Wytt, cuando ya se marchaba—, quisimos proporcionarle todas las comodidades posibles, pero me llevo el desodorante. El gas inerte que contiene contrarresta los electos del gas narcótico.

—¡Qué rabia! —dijo Hardley, a la vez que daba una patada en el suelo, en un fingido ataque de cólera.

—Recuerde, veinticuatro horas —se despidió Wytt.

La puerta se cerro de golpe. Hardley contempló melancólicamente la bandeja con la cena que le habían traído minutos antes.

Era preciso conservar las fuerzas, por lo que se aplicó a dejar los platos vacíos. Al terminar, empezó a evaluar sus posibilidades de fuga.

—Ninguna —fue la conclusión a que llegó minutos más tarde.

Se maldijo y se apostrofó por haber caído en una trampa tan burda. ¿Cómo se había dejado engañar por Yena?

Se había comportado como el más novato de los espías. Unos ojos seductores, un cuerpo de diosa, unos labios de fuego... ¡y al hoyo!

Furioso consigo mismo, dio unos cuantos paseos. Luego se acercó a la cama, giró sobre sí mismo y se sentó de golpe.

La cama se retiró inopinadamente y se encontró sentado en el suelo. A su lado, sonó una voz cristalina;

—¡Por poco me aplastas la cabeza, Ethan!

* * *

Todavía sentado, giró el torso y vio a Vega, que asomaba medio cuerpo por la trampilla abierta en el suelo. La joven sonreía encantadoramente y parecía disfrutar mucho con la sorpresa que se reflejaba en las facciones de Hardley.

—Seguro que no esperabas una cosa semejante —dijo.

Hardley se pasó una mano por la cara.

—Esto lo hace el gas tuxoltiano —gruñó—. Estoy viendo visiones, espectros, fantasmas…

Vega la pellizcó en un brazo. Hardley respingó.

—¿Soy una visión? —preguntó ella.

—Hechicera —respondió el terrestre—. Bueno, supongo que estás aquí para facilitar mi escapatoria.

—Pues mira, no se me había ocurrido… —Los ojos de Vega chispearon maliciosamente—, Pasaba por aquí y me dije: «Voy a ver cómo está mi cuarto de juegos infantiles; hace mucho que no lo he visto…»

—Bueno, bueno, dejémonos de bromas. Estuve a punto de escaparme, ¿sabes? Pero fracasé —dijo Hardley melancólicamente.

—Ya me lo contarás otro rato, Ethan. ¿Quieres venir?

Vega se hundió en el suelo. Hardley se metió en el pozo, que permitía el acceso a la habitación, por medio de unos peldaños de hierro sujetos a la pared. El fondo estaba a unos cinco metros.

Vega llevaba colgada del cuello una linterna, que proporcionaba la luz suficiente. Hardley vio que se acercaba a la pared y que movía una pequeña palanca. La trampilla se cerró en el acto.

—Conocías este pasadizo —dijo él.

—Lo hizo construir mi bisabuelo materno —explicó la muchacha —. Parece ser que era hombre aficionado a la poligamia.

—Oh, no tenía bastante con una sola mujer.

—Además, en cierta ocasión, se encontró en apuros, teniendo que afrontar un golpe de Estado. Pudo huir por aquí y contraatacar posteriormente.

—Magnífico. La historia olianita no se diferencia en absoluto de la terrestre.

—Somos humanos, como vosotros —contestó Vega tranquilamente. Le miró con fijeza—: Ethan, ¿sigues queriendo ir a Tuxolt 2?

—Debo hacerlo —contestó él—. En alguna parte, hay una fábrica de gas y es preciso destruirla. Aunque con el máximo de precauciones; es inflamable.

—¿Cómo lo sabes?

—Arde, cuando está muy concentrado. He tenido ocasión de comprobarlo, pero ya te lo explicaré más tarde, —De pronto, frunció el ceño— Vega, tú tendrías que sentirte mucho más… hostil a Yaxiuth —dijo de pronto.

—Lo sé, pero he descubierto una cosa que a ti se te ha pasado por alto; quizá por falta de experiencia, claro.

—¿Que es, princesa?

—El aire de la tierra, contenido en los depósitos que dejaste en mi casa, «lava» los pulmones y, por tanto, el cerebro, durante un período no inferior a veinticuatro horas.

—¿Cómo lo sabes? —se asombró él.

—He tenido ocasión de comprobarlo. Presencié el relevo de la guardia. La gente aplaudía entusiásticamente y vitoreaba constantemente a Yaxiuth. Yo sentía que le detestaba profundamente.

—Yo le aprecio muchísimo en estos momentos.

—Me lo imaginaba —sonrió Vega—. Sígueme, Ethan.

Hardley echo a andar detrás de la muchacha, a lo largo de un túnel, de suelo ligeramente pendiente, excavado en la roca viva y con las paredes debidamente aseguradas por una sólida capa de cemento. Mientras caminaban, dijo:

—Vega, he de ir a Tuxolt 2, pero, como comprenderás, no puedo viajar como un turista cualquiera. En cuanto se descubra mi evasión, Wytt enviará guardias al astropuerto y lo impedirá a toda costa.

—Es que no vamos al astropuerto, Ethan —dijo ella

sorprendentemente.

—No entiendo...

—El Alto Comisario es un hombre desconfiado o no habría llegado al puesto que ostenta. Su astroyate está en el interior del recinto del parque que rodea lo que fue mi palacio.

—Entiendo —murmuró él—. Pero estará muy vigilado...

—No demasiado; Kutkowo no espera un ataque en el interior de un lugar donde no hay elementos hostiles. Pero aguarda...

Vega se detuvo de repente y se inclinó hacía un bulto que yacía en el suelo. Despejó la máscara y se la tendió a Hardley.

—Respira aire de tu planeta durante quince minutos —indicó.

Hardley sonrió, a la vez que meneaba la cabeza.

—Lo tienes todo: juventud, belleza... y valor y audacia —elogió.

—Es que lo hago por mi pueblo —contestó Vega sencillamente —, No me importa mi puesto; mis gentes valen más que todos los títulos y honores.

Hardley asintió brevemente. Luego tuvo que estar callado durante quince minutos.

Vega repitió la operación acto seguido. Al terminar le miró sonriendo.

—¿Dispuesto?

—Desde luego.

—Ven, Ethan.

Un poco más adelante, Vega señaló una escalera análoga a la anterior, que se perdía en un tubo abierto en la roca.

—Esta salida da al interior del parque —explicó—. La otra queda fuera de la muralla.

—Y tú has venido por la entrada exterior —adivinó él.

—Exactamente. Sube tú primero; hace años que no se usa y

quizá sea preciso hacer un poco de fuerza.

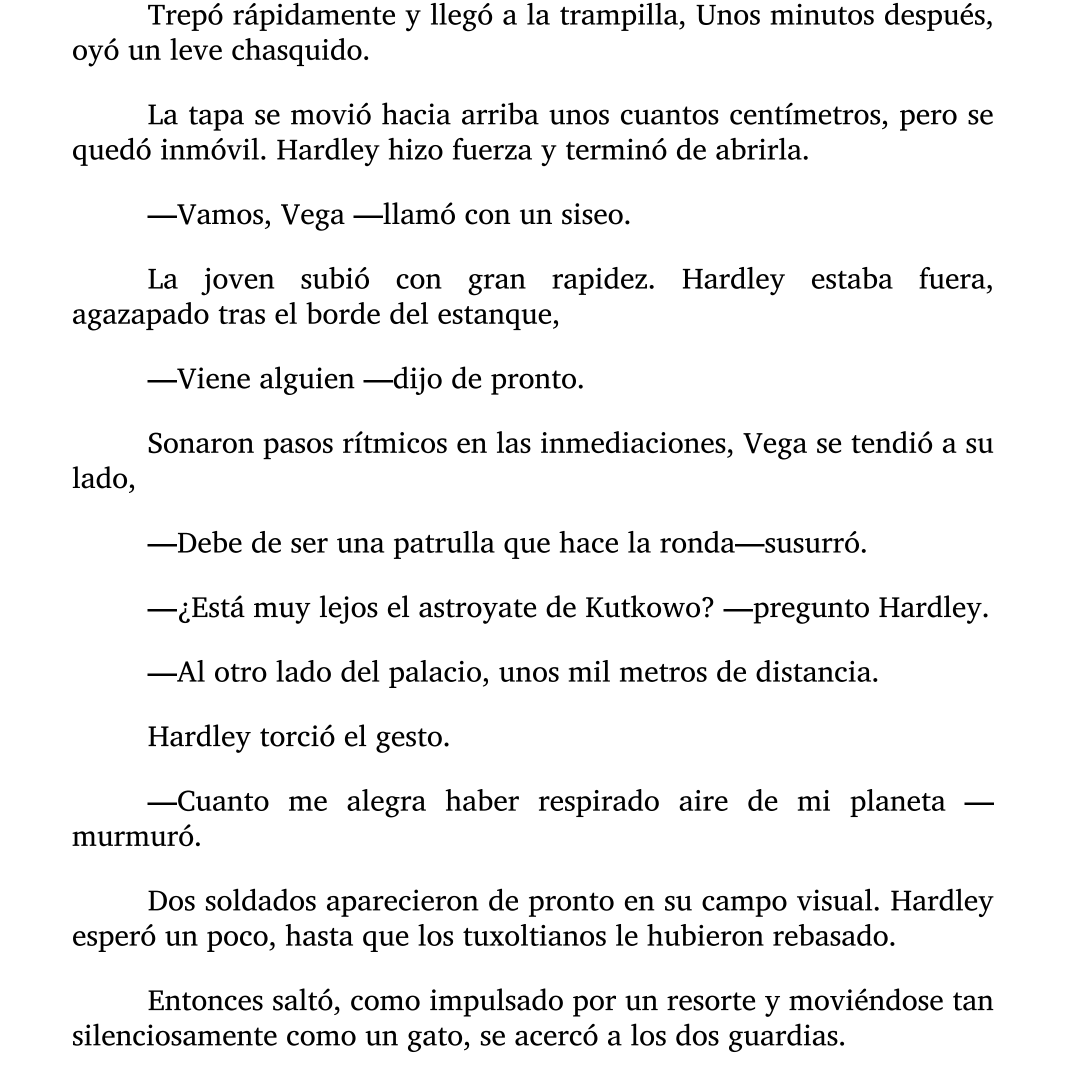
—¿Qué hay encima? ¿Hierba?

—No, el estanque de un surtidor.

—Nos vamos a mojar —rezongó él.

—El agua escapará por un desagüe especial. En realidad, ya lo está haciendo; acabo de bajar la palanca de apertura. La trampilla deberá abrirse apenas quede el estanque vacío. Si no se abre, tendrás que empujar con los hombros.

—Tu bisabuelo pensaba en todo, ¿eh? —rió Hardley.



Trepó rápidamente y llegó a la trampilla, Unos minutos después, oyó un leve chasquido.

La tapa se movió hacia arriba unos cuantos centímetros, pero se quedó inmóvil. Hardley hizo fuerza y terminó de abrirla.

—Vamos, Vega —llamó con un siseo.

La joven subió con gran rapidez. Hardley estaba fuera, agazapado tras el borde del estanque,

—Viene alguien —dijo de pronto.

Sonaron pasos rítmicos en las inmediaciones, Vega se tendió a su lado,

—Debe de ser una patrulla que hace la ronda—susurró.

—¿Está muy lejos el astroyate de Kutkowo? —pregunto Hardley.

—Al otro lado del palacio, unos mil metros de distancia.

Hardley torció el gesto.

—Cuanto me alegra haber respirado aire de mi planeta —murmuró.

Dos soldados aparecieron de pronto en su campo visual. Hardley esperó un poco, hasta que los tuxoltianos le hubieron rebasado.

Entonces saltó, como impulsado por un resorte y moviéndose tan silenciosamente como un gato, se acercó a los dos guardias.

El primero cayó, después de un certero golpe con el canto de la mano en la base del cuello. Su compañero empezó a volverse, sólo para recibir un tremendo izquierdazo en el estómago, que le hizo curvarse sobre sí mismo. El siguiente golpe fue a parar también a su cuello.

Acto seguido, Hardley arrastró a los dos sujetos hasta el estanque, cuyas paredes medían casi un metro de altura.

—Debemos cambiarnos de ropa —dijo,

—Está bien.

Los uniformes eran de tejido extensible, fácilmente acomodable a cualquier complexión. Las botas, sin embargo, resultaban grandes para Vega, pero solucionó el problema al no quitarse las livianas zapatillas que calzaba.

Al terminar la operación, Hardley tiró sus ropas y las de Vega por el hueco. Luego agarró a uno de los soldados y, sosteniéndolo por los sobacos, lo dejó caer por el pozo. El otro le siguió a continuación.

—¿Cómo se cierra esto? —preguntó al terminar.

—Empuja —indicó ella—Quizá el resorte no funciona y es mejor que lo hagas manualmente.

—Muy bien.

Vega abandonó rápidamente el estanque. El surtidor empezó a manar apenas se cerró la trampilla.

—Cuando todo haya terminado, levantaré un monumento el bisabuelo... ¿Cómo se llamaba, Vega?

—Radorph —sonrió la joven,

—¿Podrán salir los guardias cuando despierten?

—Sí, claro. Además, acabarán por descubrir la trampa de tu dormitorio.

—Pero entonces, espero, estaremos ya muy lejos. ¿Quieres guiarme, por favor?

—Claro.

Minutos más tarde, avistaban el yate espacial. Era una nave relativamente pequeña, pero de traza fina y con todo el aspecto de ser un galgo del espacio. Al pie de la escotilla de acceso, había un centinela.

Hardley y la muchacha caminaron con paso rítmico. Al llegar junto al centinela, Hardley dijo:

—Acompaño a tu relevo.

—No es hora aún —se sorprendió el centinela.

—«Sí» es hora —contestó Hardley, a la vez que, de nuevo, utilizaba su puño con devastadores efectos.

El paso hacia el interior de la nave quedó franqueado. Al sentarse en uno de los sillones de la cámara de mando, Vega dijo:

—Los funcionarios de alto rango, como Kutkowo, disponen de naves especiales, tanto por su rapidez como por las contramedidas anti detección. ¿Sabrás manejar este yate?

Hardley asintió.

—Un agente como yo debe estar entrenado para pilotar cualquier cosa que vuele —respondió, a la vez que iniciaba el repaso del cuadro de instrumentos.

CAPÍTULO VII

Cuantío hubieron entrado en la atmósfera de Tuxolt 2, Hardley conectó el piloto automático y se dedicó a registrar la nave. Un cuarto de hora más tarde, llamó a la joven:

—¡Vega!

Ella acudió de inmediato. Hardley le indicó algo.

—¿Sabes cómo se maneja? —preguntó.

—Si, Ethan.

—Póntelo. Ahora vuelvo.

Hardley se encaminó a la cabina de mando y manipuló rápidamente en los controles. La proa de la nave se inclinó ligeramente hacia abajo.

Regresó junto a la muchacha. Vega terminaba de ajustarse los atalajes del propulsor individual y él se aseguro de que no hubiese ningún fallo en el aparato,

—Supongo que sabes lo que vamos a hacer —dijo.

—Desde luego. Ethan.

— La nave se estrellará en una zona deshabitada. No habrá daños para las personas —afirmó Hardley.

Momentos después, se había puesto su propulsor individual. Entonces, buscó un depósito de oxígeno de reserva y acercó la máscara al rostro de la joven.

—Respira quince minutos. Tendremos veinticuatro horas más de tiempo —dijo.

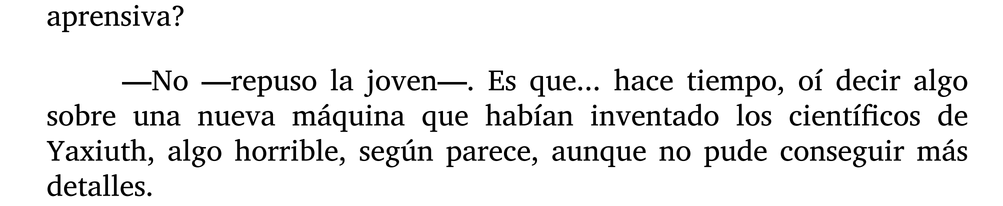
Vega asintió. Treinta minutos más tarde, se acercaban a la escotilla. La nave se encontraba ya a unos seis mil metros de altura.

Hardley aguardó todavía un poco. De pronto, sintió que la mano de Vega se apoyaba en su brazo.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—Ethan, vamos a destruir la fábrica de gas —dijo ella.

—Al menos lo intentaremos. No será fácil, pero... ¿Te sientes


aprensiva?

—No —repuso la joven—. Es que... hace tiempo, oí decir algo sobre una nueva máquina que habían inventado los científicos de Yaxiuth, algo horrible, según parece, aunque no pude conseguir más detalles.

—¿Algo peor que el gas que anula las voluntades? —dijo él, escéptico—. Puede ser, pero me parece imposible rebasar un logro semejante,

—A pesar de todo, convendría que lo intentásemos.

—Muy bien, se hará lo imposible —contestó él—. ¿Lista?

—Sí, Ethan.

Hardley abrió la escotilla. La falta de presión se notó en el acto, aunque resultaba soportable.

—¡ Ahora, Vega!

Los propulsores les dejaron en tierra sin mayores inconveniente. Apenas hubieron puesto el pie en el suelo, Hardley se dedicó a esconder los aparatos entre unos espesos matorrales.

A los lejos, brillaban las luces de la capital de Tuxolt 2. Eran unos diez kilómetros los que deberían cubrir a pie, antes de alcanzar los primeros arrabales.

Unos minutos después, se encendió una viva llama en dirección opuesta, a más de veinte kilómetros de distancia. El trueno de la explosión tardó casi sesenta segundos en llegar a los tímpanos de la pareja.

—Ahora acudirán las patrullas a averiguar lo que ha sucedido —dijo Vega.

—Es lógico, ya lo esperaba —contestó él tranquilamente, sin dejar de caminar.

Un minuto después, pasaron varias luces brillantes sobre sus cabezas, a gran velocidad. Hardley sonrió.

—Supongo que ya saben que nos apoderamos del astroyate de Kutkowo —dijo—. Pensarán que nos hemos estrellado en una falsa maniobra de aterrizaje.

—Y nos creerán muertos.

—Sí, encanto, eso es lo que quiero que crean.

* * *

El hombre abrió la puerta y miró con ojos recelosos a la pareja que estaca en el umbral.

—Soy Hardley —dijo el terrestre—. ¿Cómo estás, Duke Willistone?

Hubo un instante de silencio. Luego Willistone preguntó :

—¿Quién es ella?

—Vega D'Olián.

—No se parece en nada a la que yo conozco por fotografías. ¿Te has dejado engañar, Ethan?

—Vega, enséñale el truco a este nuevo santo Tomás —dijo Hardley con sorna.

Ella se quitó la máscara un instante, para volvérsela a poner de nuevo con gran rapidez. Willistone se echó a un lado.

—Pasad —invitó—. Pero me temo que no voy a poder ayudaros.

Hardley franqueó el umbral y aguardó a que Willistone hubiera encendido la luz.

—¿Qué te pasa, Duke? —preguntó.

—Soy muy amigo tuyo, pero no haré nada que pueda causar el menor daño al Primer Servidor.

Hardley cambió una mirada con la muchacha. Ella asintió.

—Está bien, Duke —dijo él—. ¿Puedes conducirnos al almacén?

—¿Qué necesitas? Te daré lo que sea, pero tendrás que marcharte inmediatamente —contestó Willistone.

—Aguarda un momento, por favor.

Willistone les condujo a un vasto cobertizo, en el que había mercancías de todas clases, en su mayor parte, productos importados de la Tierra. Hardley recorrió los distintos departamentos, hasta detenerse en uno muy especial.

—Duke, dime una cosa. ¿Cuánto tiempo llevan aquí estos artefactos?

—Oh, algunos meses... No salen con tanta facilidad; aquí los fabrican tan buenos o mejores —respondió Willistone.

—Pero han sido traídos directamente de la Tierra

—Claro.

—¿Qué haces antes de vender uno?

—Bueno, compruebo su perfecto funcionamiento... Como vienen ya llenos de aire, basta abrir la válvula un momento.,.

Hardley soltó una alegre carcajada. Agarró uno de los tanques de aire, abrió la válvula y lanzó un chorro directamente a la cara de Willistone.

—Respira hondo, Duke, respira aire de nuestra vieja, amada y detestada Tierra —exclamó.

Willistone lo hizo así. Cerró los ojos y dijo:

—Ah, me parece oler el perfume de la hierba y de las flores silvestres de los campos de mi pueblo..,

Al cabo de un par de minutos, Hardley cerró la válvula.

—¿Verdad que el Primer Servidor es un canalla?

—Es el más sucio hijo de perra que jamás he visto en los días de mi vida —contestó Willistone rotundamente. De pronto, se puso una mano en la boca—. Por todos los diablos, ¿qué he dicho?

Hardley le dio una palmada en la espalda.

—Anda, danos un poco de fiambre y una botella de vino —solicitó—. Luego te lo contaré todo.

* * *

—Me siento como si saliese de un sueño —dijo Willistone, que tenía al lado una botella cargada con aire terrestre y cuya válvula abría con frecuencia—. Sinceramente, jamás se me hubiera ocurrido una cosa semejante. Yo pensé, y no era el único, en sugestión por medio de la televisión.

—Percepción subliminal —apuntó Hardley.

—Sí. imágenes proyectadas durante tracciones de segundo, que el ojo humano no percibe, dado que no persisten en la retina, por su propia brevedad, pero que; al cabo de un tiempo, debido a la repetición continua y periódica, quedaban grabadas en la mente y, según su intensidad, de forma indeleble,

Hicimos pruebas de grabación de diversas emisiones, "ralentizando" las imágenes al máximo, pero jamás logramos encontrar nada que permitiera comprobar con hechos nuestra teoría. Llegamos a pensar en algo tan rápido, que ni la mejor y más rápida cámara cinematográfica era capaz de captar, porque, desde luego, el éxtasis general que se siente hacia Yaxiuth no tiene un origen natural. Sin embargo, no pensamos en un gas hipnótico.

—Con derivaciones de la mente en sentido positivo hacia Yaxiuth y su sistema político y todos cuanto forman parte de él.

—Ahora sí, lo veo con toda claridad —dijo Willistone—. Y tú, Ethan, ¿cómo lo descubriste?

Hardley sonrió, mientras llenaba de nuevo su copa de vino.

—Fue una casualidad. A poco de mi llegada a Olián, ya amaba a Yaxiuth. Vi un desfile de soldados y aplaudí enloquecido, como todos los olianitas. Un día, sin embargo, me encontré insultando a los invasores y a su jefe, A la mañana siguiente, lo adoraba de nuevo. Entonces, se me ocurrió pensar que algo podía pasar en el aire que respirábamos, fui a la nave en que había llegado, que aún no había terminado la carga, pedí al capitán dos mochilas de aire de la Tierra... y así llegue a una conclusión, que tú ya conoces. Vega, por su parte, averiguó que quince minutos respirando aire de la Tierra «lavan» la mente durante veinticuatro horas,

Willistone se arreó una serie de inhalaciones de la botella que tenía al lado.

—No voy a vender una, ni aunque me la paguen a peso de oro —exclamó—. Entonces, habrá que buscar la fábrica donde se elabora ese gas misterioso —adivinó de repente.

—Sí, Duke —confirmó Hardley—, Hay que buscar esa fábrica y destruirla. Con gran cuidado, porque el gas, cuando está concentrado, es inflamable.

—No sé dónde pueda estar esa factoría… Trataré de averiguar algo por mis contactos.

Vega levantó una mano.

—Perdón, señor Willistone, pero hay algo más —intervino—. Hace tiempo me llegaron ciertos informes sobre una máquina nueva que estaban construyendo los científicos de Yaxiuth. No sé qué es, aunque, desde luego, presiento que se trata de algo mucho peor que el gas narcótico. ¿Ha oído usted algo sobre el particular?

—No en absoluto pero indagaré —contesto el comerciante—. Por cierto, ¿tenéis alojamiento?

—Hemos venido directamente a tu casa, Duke, —respondió Hardley.

—Aquí no os podéis quedar —dijo Willistone—. Sospechan de mí, pero no han podido pillarme todavía. Lo mejor será que vayáis al Dragón de Acero. Es un albergue donde no hacen preguntas, con tal de pagar con buen dinero. Pero, por si acaso, será mejor que no comentéis nada de política, a menos que sea algo favorable a Yaxiuth. La vida aquí sigue normal, salvo por esta circunstancia. ¿Entendido?

—De acuerdo, Duke —contestó Hardley—. Ah, una cosa; dame tinte para el pelo. Lo tengo demasiado claro.

—Añadiré un bigote postizo —sonrió el comerciante, a la vez que se levantaba de la mesa.

Hardley indicó a la joven la botella de aire.

—Respira quince minutos; necesitamos veinticuatro horas de mente limpia, aunque simulemos exteriormente adorar a ese forajido que se hace llamar Primer Servidor —dijo.

—Está bien, Ethan —contestó Vega.

CAPÍTULO VIII

A la tarde del día siguiente, salieron a dar un paseo por las calles de la ciudad, mientras hacían, tiempo para entrevistarse de nuevo con Willistone. Todo parecía absolutamente normal, salvo que, como en otros lugares, abundaban los retratos de Yaxiuth, con las inevitables leyendas relativas a su inagotable bondad y a sus incesantes desvelos por el pueblo.

—No cabe duda —murmuró Hardley, que tenía el pelo negro y lucía un frondoso mostacho en el labio superior—; el descubrimiento de ese gas, ha sido para él una mina de oro.

—Olián ya es suyo; luego la Tierra. Después... ¿cuántos más planetas no quedarán sujetos a su despótica mente?

—Lo malo de los tipos como Yaxiuth es que nunca están contentos con lo que tienen y siempre ambicionan más, Pero eso es también bueno, porque un día. la cuerda se pone muy tirante, se rompe y... ¡Eh!, ¿qué es eso? —exclamó Hardley repentinamente.

El paseo que daban, un poco al azar, les había llevado a una vía secundaria, por la que en aquellos momentos transitaba una densa columna de hombres y mujeres, escoltados por un centenar de soldados armados, que la flanqueaban a ambos lados. Los prisioneros, en total, sumaban cerca del millar y Hardley pudo apreciar que tenían un tono de piel tostado, como de miel y que, en general, eran jóvenes

y de agradable aspecto.

A su lado, Vega, bruscamente, se puso una mano en la boca.

—Oh, no, no puede ser… —dijo,

—¿Qué pasa? —preguntó Hardley.

—Mira esos dos, el hombre y la mujer… Son de Klaghon, otro de los planetas conquistados por Yaxiuth.

—¿Los conoces? —se asombró el terrestre.

Vega asintió.

—Son mis primos —contestó en voz baja. Y citó los nombres de la pareja—. Pero, fíjate, no me reconocen…

Hardley se dio cuenta de que todos los prisioneros, sin excepción, tenían la mirada ausente. Ni siquiera se percataban de su situación.

Obedeciendo a un irresistible impulso, dio un paso hacia adelante y detuvo a uno de los guardias.

—Oiga, amigo, ¿qué les pasa a esos tipos?

—Son klaghonitas rebeldes a nuestro Primer Servidor. Se les trajo aquí, para su reeducación en campos de trabajo, señor. Cuando hayan abierto sus ojos a la verdadera luz, serán devueltos a su planeta.

—Gracias, soldado —contestó Hardley—. Nuestro Primer Servidor siempre acierta en sus acciones. Si esos despreciables sujetos son rebeldes al hombre más valiosa que jamás ha existido en la Galaxia, deben ser sometidos a reeducación y aprender que nadie es mejor que el gran Summor Yaxiuth.

—Así es, señor —dijo el soldado—. Con su permiso…

—Gracias de nuevo.

Hardley regresó junto a la muchacha.

—¿Has oído, Vega? —murmuró.

—Sí —respondió ella, con los labios muy prietos—. Ethan, deberíamos ir al lugar donde los tienen encerrados y liberarlos…

—Ni los sueñes —contradijo él firmemente—. Son unos mil y no lo pasan bien, aunque no se den cuenta de ello. Pero no podemos estropear nuestros planes por mil personas, cuando varias decenas de miles de millones esperan su liberación. La mayoría gana a la minoría, compréndelo.

Vega asintió tristemente.

—Pobres —murmuró— Tenían una hija, que debe de andar ahora por los quince años… Les habrán separado de Faditha… Pero, ¿por qué les han traído aquí en lugar de dejarlos en Klaghon?

—Quizá sean más resistentes al gas —apuntó él—. Sigamos, Vega; por ahora, no podemos hacer nada por esos desdichados.

Ella reconoció la verdad de la observación y se dejó llevar. ¿Cuándo acabarían con aquella ignominiosa situación, en que el capricho de un solo hombre era la ley que sojuzgaba a miles de millones de personas?

* * *

Willistone abrió la puerta e hizo un gesto con la cabeza. Hardley y la muchacha se colaron rápidamente por el hueco.

—Tengo noticias —dijo el comerciante.

—¿Dónde están las botellas de aire? —preguntó Hardley ávidamente—Siento que se nos pasan los efectos…

—Están en el almacén; no he querido traerlas a mi alojamiento, para no inspirar sospechas. Yaxiuth tiene espías por todas partes.

—No se fía de su gas, ¿eh? —dijo Vega con sorna.

Willistone asintió. Entregó a Hardley una bandeja con comida y bebida, y luego les guió hasta el almacén. Los dos jóvenes se dedicaron a renovar su provisión de aire puro durante quince minutos.

Luego tomaron algún alimento. Willistone empezó a hablar:

—La fábrica no puede ser otra que la que está en el valle Azul —

dijo—. Oficialmente, se fabrica combustible para las astronaves, pero no sé de ninguna que lo use. Además, es la única fábrica que envía sus productos directamente, por medio de astronaves propias, que «jamás» regresan.

Hardley entornó los ojos.

—Deben de ser cohetes que se disparan hacía determinado planeta y que estallan al tocar en la atmósfera, para dispersar el gas que contienen —supuso.

—Seguramente —convino Willistone—. Bien, ¿qué piensas hacer, Ethan?

—¿Cómo andas de explosivos, Duke?

El comerciante sonrió y palmeó una caja sobre la que estaba sentado.

—Me imaginaba que harías esa pregunta —contestó—. Te he preparado cuatro cargas de un kilo de D-1000 cada una, con su mecanismo de relojería correspondiente. Si con eso no volatilizas la fábrica, no lo harás con otra cosa que no sea una bomba atómica. Y eso ya no se usa.

—Entendido. ¿Qué más, Duke?

—¿Te acompaña la chica?

—Sí —respondió Vega resueltamente—. Es mi deber, señor Willistone.

—Entonces, he preparado también dos propulsores individuales para cada uno. Ethan, tengo un plano, para que te aprendas la ruta que lleva el valle Azul.

—Gracias, Duke. Pero quizá tardemos algo más de lo previsto —apuntó Hardley.

Willistone volvió a sonreír.

—También he rellenado dos botellas pequeñas, del tamaño de las de vino, con aire a veinte atmósferas de presión. De la Tierra, naturalmente. Eso os concederá cuarenta y ocho horas más de «limpieza» de cerebro.

—Piensas en todo —dijo Duke, admirado—. Se lo diré al jefe

cuando vuelva.

—Mejor dile que me envíe el relevo. Ya tengo ganas de volver a la Tierra, a respirar el aire de la libertad.

—Todo se andará, Duke. ¿Empezamos ya?

—De acuerdo. Vamos a sacar las cosas al patio.

Hardley cargó con la caja que contenía los explosivos, que colgó de su cuello mediante una correa. Vega llevaría las botellas que contenían el aire. Cuando sacaba el primer propulsor, Hardley reparó en la hilera de robots que permanecían en pie, junto a la pared.

—¿No se venden los robots terrestres? —preguntó.

—Algunos, no demasiados. Pero si no tuviera existencias, sospecharían mas de mí —contestó Willistone.

Los robots tenían el aspecto de personas de ambos sexos y parecían auténticos seres de carne y hueso incluso en los ropajes. Hardley sonrió y dio una palmadita al robot que estaba más cerca de la puerta.

Luego se dispuso a sacar el segundo propulsor. Entonces, se oyeron unos fuertes golpes en la puerta del edificio.

—¡Abra, Willistone! ¡Abra en nombre del Primer Servidor !

* * *

El comerciante se volvió hacia ellos.

—¡ Escapad, pronto! Yo me ocuparé de ellos,

Los, golpes se repitieron. Vega se sentía terriblemente aturdida,

—Al fin nos han encontrado —gimió.

Hardley asintió ceñudamente. No cabía la menor duda; Yaxiuth tenía un formidable servicio de espionaje.

De repente, se le ocurrió una idea. Inmediatamente, se dispuso a

ponerla en práctica.

En la puerta de la casa sonaron repentinamente voces coléricas. Willistone protestó a voz en cuello. Alguien lanzó una horrible imprecación.

Súbitamente, se oyó un seco chasquido. A continuación se percibió el choque de un cuerpo contra el suelo.

—Ese perro terrestre no se merecía otra cosa —dijo el mismo que había solicitado paso al interior—. Buscad por todas partes; no pueden escaparse. ¡Vamos, rápido!

Una docena de soldados se dispersó por todas las habitaciones. Varios llegaron al almacén y vieron en el acto la puerta que daba al patio. Casi en el mismo instante, dos propulsores individuales alzaron el vuelo, con sus respectivos ocupantes.

—¡ Por ahí escapan! —chilló uno.

—¡Capitán, aquí!

Los soldados salieron en tropel al patio y empezaron a disparar sus armas contra los fugitivos, que se hallaban ya a gran distancia. El oficial que mandaba la patrulla maldijo profusamente a los espías.

—¡Al aeromóvil, rápido! ¡Esos cacharros no son tan rápidos como el nuestro! —vociferó.

El almacén quedó desierto y silencioso en pocos instantes.

Pasaron unos minutos. De pronto, uno de los robots se despegó de la pared. Hardley alargó las manos, a tiempo para sostener a Vega, que estaba a punto de derrumbarse.

—Ya no podía más —dijo la muchacha.

Hardley la apretó contra su pecho.

—Procura dominarte —dijo.

Vega asintió.

—Ya me encuentro mejor. Pero el pobre Duke.

—Aguarda aquí, por favor.

Hardley se marchó, para volver a los pocos minutos, con la cara cubierta de sombras.

—No hay nada que hacer; murió en el acto —informó—. Le dispararon un proyectil paralizante al máximo de potencia.

—Un día, Yaxiuth tendrá que responder de sus crímenes —dijo ella encolerizada.

—No te quepa la menor duda —contestó Hardley—. Pero nosotros hemos de seguir adelante. Los guardias fueron en persecución de dos robots. Cuando los alcancen y descubran el engaño, volverán aquí.

—Sí, tienes razón.

Hardley ayudó a la muchacha a ponerse el propulsor individual. Antes de despegar, el terrestre hizo una pequeña tarea.

—La casa empezará a arder dentro de diez minutos —dijo.

—¿Lo crees conveniente?

—Siempre es bueno borrar pistas, aunque se sepa que el perseguidor encontrará pronto el rastro. ¿Lista?

—Cuando quieras, Ethan.

Instantes después, dos propulsores se elevaban verticalmente en la oscuridad de la noche. Hardley prefirió alcanzar la cota máxima, unos tres mil metros, a fin de eludir la detección por alguna posible patrulla de vigilancia. Luego orientó el aparato hacia el Sudoeste El valle Azul quedaba a unos trescientos kilómetros de distancia.

Abajo, en el suelo, se veía un gran resplandor rojizo,

* * *

Tendidos boca abajo, sobre la hierba, contemplaron la gran fábrica que se extendía por el valle, con uno de sus límites en las inmediaciones del río, a unos cuatro mil metros aguas abajo de una gran presa, de más de setenta metros de altura y que, sin duda,

proporcionaba la energía necesaria para aquella gigantesca factoría.

Hardley arrancó un tallo de hierba y se lo puso entre los dientes. A su lado, Vega exploraba la fábrica con ayuda de unos prismáticos electrónicos, que Hardley había tomado del almacén ahora destruido. Ocupaban muy poco espacio y tenían una gran potencia de aumento.

Había grandes edificios y cobertizos de enormes dimensiones. Una altísima tapia contorneaba todo el recinto y se la veía coronada a trechos por numerosas torres de vigilancia. Había también decenas de potentes reflectores y cañones antiaéreos, que cubrían cualquier posible incursión desde las alturas.

Hardley divisó también cuatro gigantescos cilindros, de unos ciento cincuenta metros de altura, por cincuenta de diámetro. Una gruesa manguera partía de uno de los cilindros y desaparecía en el flanco de una nave, dispuesta para zarpar, según parecía.

—Esa nave me parece muy endeble —comentó él—. Da la sensación de estar construida con hojalata.

—Si se trata de una bomba que ha de esparcir el gas, resulta lógico —contestó Vega—, Es más, yo diría que es un material que se deshace con facilidad, una vez producida la explosión que dispersa el gas.

—Puede que tengas razón —convino él—, Pero, el pobre Duke resultó demasiado optimista. Es absolutamente imposible entrar en la fábrica.

—Entonces, ¿hemos de desistir? —dijo ella, muy desanimada.

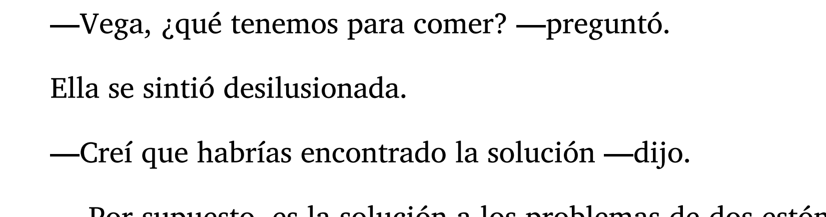
—Tengo cuatro bombas de D-1000, cada una de las cuales pesa un kilo, pero tiene la potencia de una tonelada de dinamita. Una sola bastaría para destruir los cuatro silos donde se almacena el gas y el resto arrasarían la planta de fabricación y lo demás. Pero, para conseguirlo, deberíamos entrar y eso es sólo un puro sueño,

Ella le agarró por un brazo.

—Ethan, tiene que haber una solución a la fuerza —exclamó con acento lleno de desesperación.

Hardley guardó silencio unos momentos, mientras contemplaba con detenimiento el panorama que se ofrecía a su vista.

De pronto, sonrió.



—Vega, ¿qué tenemos para comer? —preguntó.

Ella se sintió desilusionada.

—Creí que habrías encontrado la solución —dijo.

— Por supuesto, es la solución a los problemas de dos estómagos vacíos. Lo cual permitirá esperar en mejores condiciones la llegada de la noche, que será cuando ejecutemos el plan Paraguas.

—¿Plan Paraguas? —se asombró Vega.

—Les que están allí van a necesitar algo más que un paraguas —respondió Hardley enigmáticamente.

CAPÍTULO IX

—Me preguntó por qué necesitan de una presa, para el suministro de energía eléctrica —dijo Vega en voz baja, mientras avanzaban Hacia la caseta de vigilancia.

—La energía hidroeléctrica es absolutamente limpia —contestó él—. Seguramente, quieren evitar una posible contaminación de su gas, empleando otros métodos. Con la presa, evitan esos contratiempos.

—No me cabe la menor duda —convino la muchacha.

Avanzaban paso a paso. Hardley no llevaba otras armas que un grueso palo que había recogido en el bosque donde se habían escondido durante el día. Los propulsores, utilizados para acercarse volando a ras del suelo, muy despacio, habían quedado a corta distancia. Ahora cubrían a pie el resto del camino.

A través de los vidrios, Hardley divisó a dos vigilantes, entreteniendo sus ocios mediante un televisor. Por lo visto, se dijo, Yaxiuth había concentrado la vigilancia en la factoría. Quizá había más vigilantes en la planta de energía situada al pie, aunque ello importaba poco en aquellos instantes.

Agachado, dio la vuelta al cubículo y llegó a la puerta. Vega se situó al otro lado.

—Eh, oigan —llamó de pronto—. ¿Pueden salir? Me he perdido…

Los vigilantes, sobresaltados, se levantaron en el acto, Hardley dejó salir al primero. Cuando apareció el segundo, le golpeó seca y duramente en el cráneo.

El otro empezó a volverse, mientras buscaba frenéticamente la culata de su pistola. Un garrotazo en medio de la frente acabó instantáneamente con sus intentos de resistencia.

Los dos guardias fueron arrastrados al interior de la caseta. Hardley exploró el interior de un cuartito contiguo y encontró algo que le hizo sonreír de satisfacción.

Momentos después, los vigilantes quedaban atados y amordazados. A continuación, Hardley cargó con un rollo de cable conductor y abandonó la caseta.

Vega aguardaba en el exterior.

—Todo está en orden —informó.

—Muy bien. Vamos allá.

Corrieron a lo largo del coronamiento, hasta llegar a unos cincuenta metros del centro. La presa, en su parte superior, medía unos doscientos cincuenta metros de anchura. Hasta el fondo del río, había setenta y cinco metros de desnivel.

Detrás de ellos, se extendía la lámina de agua del embalse, brillando como un espejo a la luz de dos de las cinco lunas de Tuxolt 2. Hardley cortó tres trozos iguales de cable, de unos veinte metros de largo, sujetando uno de los extremos a la barandilla de hierro del borde interno del coronamiento. El otro extremo sirvió para sujetar la carga explosiva.

Hardley realizó la misma operación en el centro y al otro lado, también a cincuenta metros. Graduó el tiempo de la carga más alejada y la arrojó por encima del parapeto. El explosivo quedó así sumergido a unos quince metros de la superficie, habida cuenta que la altura era de unos cinco metros.

Repitió la operación con las otras dos cargas, ajustando los tiempos en lo posible, para conseguir la máxima simultaneidad en las explosiones. Al terminar, agarró la mano de Vega y echó a correr.

Cinco minutos más tarde, despegaban del suelo, deteniéndose en la cumbre de una montaña, situada a unos mil metros de la presa. Hardley consultó su reloj de pulsera.

—Falta menos de un minuto —dijo.

—¿Explotarán las cargas? —dudó ella—. Sumergidas en el agua...

—Son artefactos preparados para actuar en cualquier medio. No habrá fallos, créeme.

Los segundos transcurrieron con indescriptible lentitud. De repente, Vega vio surgir una espantosa columna de agua, que alcanzó varios cientos de metros de altura.

Otra explosión se produjo apenas un segundo después. La tercera carga explotó ante de medio segundo.

Las detonaciones sonaron con fragor apocalíptico. El suelo trepidó con enorme violencia.

Enormes trozos de la estructura de la presa volaron por los aires. Gigantescos bloques de mampostería saltaron como simples ladrillos. El agua se precipitó con terrible ímpetu por las tres brechas abiertas por los explosivos.

Abajo, en la fábrica, empezaron a sonar las sirenas de alarma. La luz de las dos lunas de Tuxolt 2 permitía captar las imágenes casi como si fuese de día.

Se oyeron espantosos crujidos. Las brechas se convirtieron en una sola. Millones y millones de toneladas de líquido se precipitaron hacia el valle. Una colosal oleada, de más de cincuenta metros de altura, avanzó con indescriptible velocidad, como un muro de agua, hacia lugares menos angostos.

De repente, se oyeron unos ruidos espantosos. La presión de las aguas no sólo había ensanchado la brecha, sino que hacía saltar la mayor parte del paredón artificial. Un colosal golpe de agua se lanzó hacia el valle, con el rugido de una fiera de dimensiones cósmicas.

Los técnicos y operarios de la factoría trataban de buscar su salvación en la huida. La primera oleada barrió la tapia como si fuera de papel. Luego arrasó edificios y cobertizos de todas clases. Los vehículos eran arrastrados como simples plumas. El cohete que estaba

dispuesto para ser lanzado, reventó con toda facilidad.

La segunda oleada remató la obra. Cientos de miles de millones de toneladas de agua se desparramaron por el valle, provocando una inundación total. Yaxiuth, pensó Hardley satisfecho, iba a tardar mucho en disponer de más gas para atontar a sus esclavos.

De repente, algo emergió de las aguas, cuando ya empezaban a descender. Hardley frunció el ceño Dos de los cilindros que contenían el gas habían resistido las oleadas y permanecían intactos, aunque algo inclinados.

—Hay que acabar con ellos —dijo Hardley—. En esos cilindros hay gas suficiente para mantener a raya a un centenar de planetas.

Vega adivinó las intenciones del joven.

—Toma antes un poco de aire —aconsejó.

—Sí, es una buena idea.

Ahora ya no había peligro de antiaéreos ni siquiera de disparos de los guardias. Hardley voló directamente hacia los cilindros y puso los pies sobre la cubierta del que había quedado recto. Dejó allí la última carga, programada para explotar un minuto más tarde, y se elevó a toda velocidad.

Sesenta segundos más tarde, se produjo la explosión de lo que tenía la potencia de mil kilos de dinamita. Las paredes de los dos silos de gas fueron destruidas como si fuesen de simple lata Hardley y Vega vieron las nubes que se elevaban hacia la atmósfera y volaron en dirección opuesta al viento que soplaba en aquellos momentos.

Una hora después, se detuvieron en un paraje particularmente boscoso y se despojaron de los propulsores individuales.

—¿Y ahora, Ethan?

Hardley miró a su alrededor.

—Tendríamos que averiguar qué máquina tan terrible es esa que está fabricando Yaxiuth, pero no doy por él momento con el procedimiento adecuado —contestó—. Créeme, lo mejor será descansar un poco. —Sonrió alegremente—. La noche ha sido movidita, ¿eh?

Vega asintió.

—Bastante —contestó—. A estas horas, Yaxiuth debe de estar tirándose de los pelos, ¿no te parece?

—Que lo haga, hasta que se quede calvo —fue la respuesta del terrestre. Y acto seguido, Ethan se tendió en el suelo, puso su propulsor a guisa de almohada y cerró los ojos—, Procura dormir, dulzura —aconsejó,

—No sé si podré... Los nervios…

Pero, al fin, Vega sintió que cedía la tensión interior, se relajo y acabó durmiéndose.

* * *

El sol había salido hacía mucho rato. Cantaban los pájaros en los árboles y se oía el susurro de la brisa al pasar entre el follaje.

Hardley abrió un ojo primero, luego el otro. Algo negro brillaba a poca distancia de su mejilla izquierda. Aquella cosa negra tenía una pareja. Hardley levantó la vista un poco. Un tuxoltiano sonrió.

—Buenos días, excelencia —saludó el oficial burlonamente—. ¿Ha dormido bien Su Señoría?

Hardley se sentó de golpe. Había más tuxoltianos rodeándoles, todos ellos provistos de fusiles paralizantes, que formaban un círculo intraspasable. El único que no tenía armas a la vista era el oficial, cuyo bastoncillo insignia de su rango, se movía displicentemente en su mano derecha.

El bastoncillo señaló a Vega que todavía dormía.

—¿Quién es ella? —preguntó el oficial.

—Oh, una buena amiga?.. Me la encontré en... Bien, eso no importa ahora; le propuse una excursión por el campo y...

—Conque una excursión, ¿eh?

De pronto, el oficial se inclinó y puso los dedos bajo el mentón

de la muchacha. Antes de que ella pudiera advertirlo, el tuxoltiano dio un fuerte tirón hacia arriba y el auténtico rostro de Vega quedó al descubierto.

Vega se sentó lentamente en el suelo. Estaba muy pálida.

—Ethan...

Hardley meneó la cabeza,

—No se puede ser descuidado, nena —dijo.

El oficial sonrió. Juntó sus talones, inclinó la cabeza y exclamó:

—Teniente Oodher, a sus órdenes, señor Hardley Y a las órdenes de la princesa, claro.

Hardley movió una mano con aire desdeñoso,

—Teniente, ya que se muestra tan servicial, ¿puede pedir un desayuno para dos?

—Con mucho gusto, señor Hardley, aunque me temo que no podrán tomarlo aquí —contestó el tuxoltiano.

—¿Hemos de suponer que somos tus prisioneros, teniente?

—La respuesta es obvia, señor.

Oodher hizo un gesto. Dos soldados se adelantaron y colocaron sendas esposas en las muñecas de los prisioneros.

—Tengo un aeromóvil aguardando en un barranco cercano —manifestó Oodher—. Mis órdenes son, como las de todo oficial destacado en su búsqueda, de llevarles inmediatamente a la residencia del Primer Servidor

—Nada que objetar, teniente —dijo Hardley.

—Celebro su excelente moral señor. Pensé que tendría que recurrir a métodos más expeditivos para hacerles obedecer.

Hardley se inclinó gravemente.

—Soy un buen deportista y sé cuando he perdido la partida —contestó apaciblemente.

* * *

Los platos de Vega estaban prácticamente intactos. En cambio, Hardley había vaciado los suyos con fenomenal apetito. Ella se paseaba nerviosamente por el lujoso alojamiento que les había sido asignado, mientras Hardley estaba indolentemente tumbado en un diván con las manos bajo la nuca.

El apartamento constaba de una sala, un dormitorio. con una sola cama y un baño. A primera vista, la huida era imposible. En la puerta había permanentemente dos centinelas armados. Las ventanas carecían de rejas y se podían abrir sin dificultad, pero la pared era absolutamente lisa y el suelo estaba a sesenta metros de distancia.

La puerta se abrió de pronto. Oodher entró, seguido de un guardia. Al verle, Vega se dirigió impetuosamente hacia él.

—Teniente, ¿cuándo nos van a llevar a presencia de Yaxiuth? —exclamó—. Llevamos aquí varias horas y todavía no nos han dicho nada...

Oodher se inclinó gravemente.

—Lo ignoro, señora —contestó—. Mis órdenes son de vigilarles a ustedes y de atenderles en cuanto necesiten, sin negarles el menor capricho.

—Salvo la libertad —dijo Hardley sarcásticamente.

—Por supuesto, señor. ¿Necesitan algo más? Veo que la princesa ha dejado casi intactos sus platos...

—Vomitaría, si comiese —respondió ella despectivamente.

—A su gusto, princesa.

—Teniente, es usted muy amable —sonrió Hardley—, Se lo haré saber así al Primer Servidor cuando le vea.

—Muchas gracias, señor, pero observe mis insignias. El Primer Servidor me ha recompensado con un ascenso —dijo Oodher orgullosamente.

—Felicidades, capitán. No, muchas gracias; por ahora sólo necesitamos lo que usted precisamente no puede concedernos.

Oodher asintió, sonriendo. El soldado cargó con la bandeja y se retiró precediendo al oficial. Hardley y la joven quedaron nuevamente a solas.

—Pero ¿cuándo nos va a recibir ese bribón de Yaxiuth? —exclamó Vega, furiosamente.

—Encanto, un tipo de su categoría tiene muchos asuntos que resolver y, habiéndonos capturado y puesto que nos sabe seguros, no tiene ninguna prisa en entrevistamos. En cambio, yo sí me siento un poco inquieto.

—¿Sólo un poco? —preguntó Vega, irónica.

—La última dosis de aire de la Tierra entró en nuestros pulmones poco después de la voladura de la presa. Desde entonces, han transcurrido unas diez horas. Tenemos escasamente catorce para conservar la lucidez mental.

Vega se mordió los labios. De pronto, Hardley se levantó y caminó hacia una de las ventanas.

Bajó la mirada. A Yaxiuth, por lo visto, le gustaban los edificios altos. Quizá estimaba que era mejor así para caso de una posible sublevación. Desde el antepecho hasta el suelo, no había el menor asidero; la pared, salvo los huecos, era absolutamente lisa.

Miró hacia arriba. Pero, en cambio, sobre su cabeza...

CAPÍTULO X

—Vega, ¿sientes vértigo? —preguntó él repentinamente.

La joven se sorprendió.

—¿Por qué lo dices, Ethan?

—Te he hecho una pregunta —dijo Hardley.

—Bueno, no me gustan mucho las alturas... Pero cuando no hay más remedio... Ethan, es imposible escapar de aquí..,

Hardley sonrió sibilinamente. Fue al dormitorio y deshizo la cama. Inmediatamente, empezó a rasgar las sábanas, por la mitad, anudando los trozos a continuación, con lo que obtuvo una cuerda de más de seis metros de largo.

—Yo saldré primero —dijo—. Si llego arriba, te izaré.

Los ojos de Vega se oscurecieron.

—Eso no me gusta —declaro, tajante.

—A mí me gusta menos esperar como un corderito a que venga el matarife a degollarme —respondió Hardley—. Cuatro colegas desaparecieron antes que yo y no me gustaría correr su suerte. Al menos, sin haber hecho todos los posibles para evitarlo.

Con las sábanas en la mano fue hacia la ventana. Vega se sentía terriblemente aprensiva.

—Podríamos esperar... a la noche...

—No tendría la visibilidad suficiente —objetó él, a la vez que enrollaba las sábanas en su cintura. Inspiró con fuerza—. Sólo podré intentarlo una vez —añadió.

Vega comprendió y corrió hacia él, para abrazarle fuertemente.

—Oh, Ethan, tengo miedo... —gimió.

Hardley se quedo sorprendido por el gesto de la joven.

—Pero, muchacha... —sonrió al sentir contra su cuerpo el cálido

contacto del de Vega—. Vamos, vamos, preciosa, no llores…

—Es que… no sabría qué hacer… No podría vivir sin ti…

—¿Hablas en serio?

Vega asintió, gimoteando, Hardley cogió su cara con ambas manos y la besó suavemente.

—Encanto, ahora más que nunca es cuando tengo que hacer todos los posibles por sacarte de aquí —afirmó.

Separándose de la muchacha, se puso en pie sobre el antepecho y alzó la vista. La ventana era lo suficientemente alta para poder mantenerse erguido en ella. Por encima de su cabeza, a unos tres metros y medio, sobresalía una cornisa de unos cuarenta centímetros. El grueso era de unos veinte centímetros.

Volvió a llenarse los pulmones de aire. Vega adivinó lo que iba a suceder y, sintiéndose cobarde, se volvió de espaldas.

Hardley saltó hacia arriba con toda la potencia de sus músculos. En el aire, hizo una acrobática contorsión y giró 180°. Los brazos estaban tendidos hacia arriba Las manos rebasaron el borde superior de la cornisa, pero un segundo después, se aferraron con toda firmeza.

Hardley permaneció así un instante. Luego, poco a poco, flexionando los músculos de los brazos, se elevó lentamente en el aire, hasta poder pasar la pierna derecha. El resto ya no ofreció dificultad alguna y se encontró en la cornisa que remataba por la parte inferior el parapeto de una enorme terraza.

Inmediatamente, se puso en pie y saltó el parapeto. Acto seguido, desenrolló las sábanas. En uno de los extremos hizo una especie de estribo. Luego sacó medio cuerpo fuera del parapeto.

—Vega —llamó.

—Oh… Lo has conseguido —exclamó la muchacha.

—Sí, pero no grites tanto, mujer —gruñó él—, Escucha, voy a lanzarte la cuerda. Te he hecho un estribo para el pie derecho. Agárrate fuerte y déjate izar, No mires hacia abajo.

—Sí, Ethan, lo que tú digas.

Hardley lanzó la cuerda lo más lejos posible, a fin de

proporcionarle un movimiento de oscilación, lo que le permitió hacerla llegar a la ventana. Vega la asió con ambas manos.

—Ya la tengo —informó.

—Agárrate bien, sube el antepecho y mete el pie en el estribo. Da un par de tirones cuando estés lista.

Vega obedeció puntualmente. Cuando sintió que era izada en el vacío, cerró los ojos. Subió como una pluma, sin la menor dificultad, hasta situar su cintura al nivel del borde del parapeto. Entonces, saltó al otro lado y se derrumbó en brazos de Hardley.

—Me parece un milagro...

—Los milagros no existen hoy día —rió Hardley.

Vega, todavía abrazada al terrestre, miró en todas direcciones.

—¿Y ahora?

Hardley le señaló un aeromóvil posado en la terraza.

—¿Dónde desea viajar la señora? —consultó alegremente.

—Tendríamos que ir al astropuerto y apoderarnos de alguna nave —dijo la joven—. Hemos de volver a Olián. Puesto que ya no hay gas, será fácil iniciar una sublevación contra los invasores.

—No es mala idea —aprobó él. Agarró su mano y echó a correr.

Unos segundos más tarde, se disipó el jubilo que sentían. En el frontis del aparato había un rótulo desecorazonador: *En reparación.*

Vega lanzó un gemido. Hardley apretó las mandíbulas.

—Aguarda un poco, todavía hay una solución —dijo—. El generador de emergencia permite, cuando menos, volar lo suficiente para aterrizar sin daños. Tiene un alcance de quince o veinte kilómetros y,..

De pronto, se calló. En la parte posterior del aeromóvil había una portezuela abierta. Dentro del hueco se divisaban unos cuantos cables al aire.

—Se han llevado también el generador de emergencia —masculló.

Aún quedaba una tercera posibilidad, los propulsores individuales del equipo de salvamento, que formaban parte de los asientos, pero aquella última esperanza se disipó igualmente, cuando vieron que el interior del aparato estaba completamente desmantelado.

—En lugar de «En reparación», ese maldito cartel debería decir «Para la chatarra» —dijo Hardley, exasperado.

* * *

Hubiera deseado evitarlo, pero no tenía otro remedio: debían utilizar las salidas normales de la terraza. Las estructuras correspondientes a los ascensores y aparatos de aireación se alzaban a poca distancia. Hardley vio una puerta metálica y trató de abrirla, pero estaba cerrada por el otro lado.

Encontró una segunda puerta, con el mismo resultado. Una maldición se escapó de sus labios. Ahora que estaban a salvo, ¿debían darse nuevamente por vencidos?

Vega le miraba ansiosamente. Hardley regresó al aeromóvil y empezó a hurgar en su interior. Allí debería de haber algunas herramientas... De pronto, encontró una barra de hierro abandonada.

—Esto servirá —dijo.

Era una recia palanqueta e introdujo el extremo plano en la parte de la cerradura. Tensó los músculos de los brazos y concentró allí todas sus fuerzas. Por un momento, pareció que la barra iba a doblarse, pero, súbitamente, se oyó un fuerte chasquido y la puerta cedió.

Empujó la puerta. En el mismo momento, oyó voces que procedían de la escalera de acceso:

—¡Están en la terraza; no pueden haber ido a otro sitio! —gritó alguien.

Hardley retrocedió, a la vez que maldecía entre dientes.

—No podemos escapar por aquí —dijo.

Vega le miró con desesperación. De pronto, Hardley levantó la vista hacia el tejado de la caseta, situado a unos tres metros del suelo de la terraza.

Las voces se acercaban con rapidez. Hardley dio un salto y trepó al techo, sobre el que se tendió de inmediato. Alargó una mano hacia la muchacha. Vega se agarró con las suyas, sintiéndose izada a pulso como una pluma. Hardley la hizo tenderse a su lado, un tanto alejados del borde, justo en el momento en que varios soldados irrumpían en la terraza.

—¡Aquí no están, capitán! —vociferó uno.

—Buscadlos bien; no han tenido tiempo de escapar —bramó Oodher.

Los soldados se dispersaron por la enorme terraza, que tenía casi doscientos metros de lado. Hardley y Vega, tumbados sobre el techo de la estructura, tenían las mejillas pegadas al suelo, a fin de ofrecer la menor visibilidad posible.

—Capitán, deben de tener un cómplice que vino a buscarles con un aeromóvil —sugirió uno de los soldados.

—Pero la puerta ha sido reventada —objetó Oodher.

—Quizá lo han hecho para despistarnos, señor.

—Sí, seguramente. Vamos, el único aeromóvil que hay aquí está inutilizado. Habrá que llamar al centro de control, para que localicen el de los fugitivos.

Hardley volvió la cabeza y sonrió, a la vez que apretaba la mano de la joven.

—Parece que ha dado resultado —susurró.

La voz de Oodher llegó de pronto hasta ellos, borrándoles la sonrisa de los labios:

—¡Cruza la barra de seguridad!

* * *

Hardley saltó al suelo, recibió en brazos a Vega y se acercó a la puerta. Tanteó un poco con ambas manos, sólo para saber que la barra de seguridad había sido echada al otro lado y ahora ya no podría hacerla saltar como lo había hecho con la cerradura.

—Ethan, ¿qué haremos ahora? —preguntó ella, terriblemente afligida.

Hardley meditó unos instantes. Luego dijo:

—Vega, si mis cálculos sobre psicología son exactos, ha quedado una vía de escape.

—¿ Seguro?

—Sí. Ven,

Agarró la mano de la muchacha y corrió de nuevo hacia el borde del parapeto. Una vez allí, se inclinó y recogió las sábanas.

—Vamos a volver a nuestro alojamiento —dijo, mirándola fijamente—. Apostaría doble contra sencillo a que han retirado los guardias de nuestra puerta. Y si no es así, podremos descender a uno de los apartamentos inferiores. ¿Entendido?

Vega asintió. Hardley la hizo sentar en el parapeto.

—Agarra las sábanas con una mano —dijo—. Mete el pie derecho en el estribo. Cuando estés a la altura de la ventana, procura balancearte para saltar dentro.

Vega descendió lentamente, sostenida por los fuertes músculos del terrestre. A los pocos momentos, levantó la cabeza.

—Ya estoy a nivel —dijo.

La joven inició un movimiento oscilante, débil al principio, más fuerte a medida que transcurrían los segundos, hasta que, de pronto, se soltó y penetró a través del hueco, rodando por el suelo de la estancia un par de veces, aunque sin sufrir ningún daño. Hardley percibió de inmediato la falta de peso.

Ella se asomó de inmediato a la ventana.

—Estoy a salvo, Ethan —exclamó.

—Muy bien, encantó; ahora bajo —contestó él.

Hardley sujetó el extremo de las sábanas a una barra de hierro empotrada por las puntas en la parte interior del parapeto. Comprobó la solidez del nudo y se descolgó inmediatamente. Cuando estuvo frente a la ventana, inició los movimientos de péndulo, que le permitieron volver al interior segundos más tarde.

Vega la abrazó estrechamente.

—¿Y ahora?

—La puerta tiene que estar libre —dijo él—. Aunque casi más me convendría que hubiese un par de centinelas.

—¿Por qué?

—Mujer, les quitaríamos sus uniformes… Ya lo hicimos una vez, pero nos cambiaron de ropas cuando nos trajeron aquí.

—No sé qué decirte…

Hardley tiró de ella resueltamente.

—Vamos, sea lo que sea, hemos de salir de aquí cuanto antes —exclamó.

Se acercó a la puerta y tanteó el pomo. No estaba cerrada con llave, de modo que la abrió lentamente y atisbo lo que había al otro lado.

Casi en el acto, se retiró y fijó la vista en Vega.

—Hay dos centinelas —susurró—. Llamaré su atención y haré que entren aquí. Creo que podré desarmarles sin demasiadas dificultades…

De pronto, se interrumpió. Vega parecía desinteresada de lo que le decía y tenía la mirada fija en otra parte.

—¿Qué te pasa? —dijo, enojado—. ¿Has visto algún fantasma?

—Algunos querrían que lo fuese —sonó de pronto una voz irónica—. Significaría que estoy muerto, pero por fortuna, sigo vivo y pienso continuar así durante muchísimos años.

Hardley volvió lentamente la cabeza. Sentado en un sillón de

alto respaldo, situado frente a la puerta, se hallaba Summor Yaxiuth, sonriendo con expresión mefistofélica, satisfecho de la sorpresa recibida por sus prisioneros.

CAPÍTULO XI

—Ha sido una aventura fantástica —dijo Yaxiuth—. Me ha demostrado su enorme imaginación, señor Hardley. Por eso he querido venir aquí, a recibirle en persona.

Yaxiuth volvió a sonreír y siguió:

—Creí que este apartamento resultaría seguro, pero veo que me equivoqué. A ningún otro se le hubiera ocurrido escapar por donde ustedes lo hicieron. Tampoco habría pensado en volver por el mismo sitio, único camino lógico para consumar la evasión.

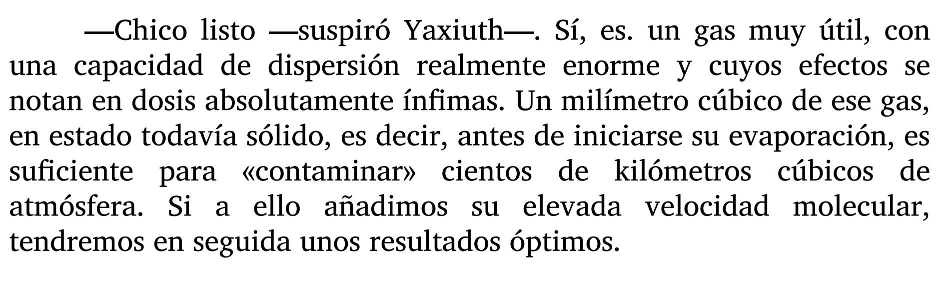
—Usted calculó esa posibilidad, señor —dijo Hardley tranquilamente—. Gracias por el honor que supone para nosotros habernos esperado aquí.

—No hice nada semejante con los cuatro que le precedieron —contestó Yaxiuth—. Claro que ninguno le llegaba a usted a la suela del zapato. Ni tampoco supieron adivinar cuál era mi secreto.

—No parecía lógico que yo le adorase a usted, a las pocas horas de mi llegada a Olián.

—Y entonces, adivinó que se trataba de un gas...

—Justamente, señor.



—Chico listo —suspiró Yaxiuth—. Sí, es. un gas muy útil, con una capacidad de dispersión realmente enorme y cuyos efectos se notan en dosis absolutamente ínfimas. Un milímetro cúbico de ese gas, en estado todavía sólido, es decir, antes de iniciarse su evaporación, es suficiente para «contaminar» cientos de kilómetros cúbicos de atmósfera. Si a ello añadimos su elevada velocidad molecular, tendremos en seguida unos resultados óptimos.

—Envidio a sus científicos —dijo Hardley—. Le pusieron en condiciones de dominar un extenso sector de la Galaxia.

—Pero usted destruyó la planta donde se fabricaba el gas. Costó muchos años llegar a la fase de producción en masa. Ahora tendré que empezar de nuevo.

—Las gentes de otros planetas, e incluso los propios tuxoltianos, dejarán de estar bajo la influencia de ese gas. Se producirán motines, sublevaciones en masa…

—Un vaticinio sorprendentemente exacto, pero cuyos problemas espero solucionar, quizá de un modo más rápido, mientras se construye una nueva fábrica. Confieso que descuidé la vigilancia en el embalse, pero eso no sucederá en la próxima ocasión. La energía suficiente será suministrada por otros métodos. Y la central, por supuesto, estará en el interior del recinto de la factoría.

Yaxiuth seguía sonriendo.

—Para mí, será el cénit de mi poderío el momento en que la Tierra se avenga a firmar el tratado de protección —añadió—. La Tierra, ese planeta madre de donde procede toda civilización. . Me siento orgulloso sólo de pensar en las aclamaciones de los terrestres.

—La Tierra es un bocado demasiado difícil de digerir, señor.

—Ya caerá, no se preocupe, Hardley. Por cierto, aún no he llegado a saber cómo consiguió eludir los efectos del gas. No digo ahora, porque la atmósfera de Tuxolt 2 está prácticamente limpia, pero sí antes, durante su estancia en Olián y posteriormente aquí.

—Aire de la Tierra —contestó Hardley escuetamente.

—¿Cómo?

—Botellas para los trajes espaciales, cargadas en la Tierra y, por tanto, con gas respirable no contaminado, aunque, por rutina, le llame

aire.

—Comprendo —murmuró Yaxiuth—. Eso les «lavaba» los pulmones.

—Un cuarto de hora de aire de la Tierra, no contaminado, daba una protección de veinticuatro horas.

—Es usted endemoniadamente listo, Hardley —dijo el Primer Servidor, admirado—. ¡ Cuánta falta me hacen hombres de su clase en mi estado mayor!

—Ya tiene a Philway. Es terrestre.

—Muy eficiente, aunque algo rutinario, sin excesiva imaginación. Pero es el perfecto ejecutor.

—¿Verdugo?

—No, hombre —rió Yaxiuth—. Yo me refería a otras cuestiones…

De pronto, se puso serio.

—Dejemos a Philway por el momento —dijo—. Ahora tenemos asuntos más importantes que tratar.

—¿Por ejemplo? —preguntó Hardley.

—La solución para las posibles sublevaciones.

Hardley alzó las cejas. Yaxiuth levantó la mano derecha. Empuñaba una pistola paralizante.

Hizo dos rápidos disparos. Hardley y Vega cayeron sucesivamente al suelo.

* * *

Hardley despertó después de lo que le pareció un largo sueño, y se encontró tendido en una cama estrecha y rígida. Alguien se inclinó hacia él y acercó algo a sus labios.

—No se mueva —dijo el hombre—. Esto acabará por despejarle.

Hardley tomó un sorbo. El hombre, de bata blanca, sonrió.

—Coñac terrestre —informó—. Soy el doctor Ganlo.

Hardley alzó la cabeza un poco.

—¿Dónde está ella? —preguntó.

—La dosis de narcótico era exactamente igual en los dos proyectiles. Pero la princesa, naturalmente, es menos fuerte y pesada que usted. Tardará todavía algunos minutos en recobrar el conocimiento.

Hardley volvió la vista a un lado. Divisó una puerta y, a ambos lados de la misma, dos parejas de soldados armados, en actitud expectante, dispuestos para intervenir rápida y eficientemente si era necesario.

Luego vio que se hallaba en una especie de laboratorio, de grandes dimensiones, con aparatos que jamás había visto y algunos de formas que se le antojaron el resultado de algún artista demente. El doctor Ganlo parecía un hombre sensato y ponderado, apreció.

—¿Nos van a sacar las tripas? —preguntó.

Ganlo se echó a reír.

—Tiene usted un organismo magnífico —dijo—. La frase «perfectas condiciones» no se comprende si no se le ha examinado a usted antes.

—Ah. me han examinado…

—Hemos dispuesto de veinticuatro horas, señor Hardley.

—Parece que he dormido un poco. Dígame, doctor, ¿para qué nos han traído aquí?

—Yo contestaré a su pregunta, amigo Ethan —sonó de pronto la voz de Yaxiuth.

Hardley se sentó en la camilla y miró al recién llegado. Junto a Yaxiuth, divisó a un hombre de mediana estatura, grueso y con el cráneo completamente afeitado.

—Le presentó a mi segundo, Jan Philway —dijo Yaxiuth.

—Nos ha dado mucho trabajo, Hardley —se quejó Philway, con voz ridículamente aflautada.

—«Es» mi trabajo —contestó el joven incisivamente.

—Ahora trabajará para nosotros —dijo Philway.

—¿Cómo? —quiso saber Hardley.

Yaxiuth se peinó con los dedos su barbita.

—Mire aquella máquina —dijo.

Hardley volvió la cabeza. La máquina señalada era un gran cajón de vidrio, sostenido sobre un pedestal de medio metro de altura y a la que estaban conectados un gran número de cables de distintos colores. A la derecha de la misma se veía un tanque metálico, esférico, asimismo conectado a la máquina por una gruesa manguera, que desaparecía en el pedestal.

El cubículo de vidrio aparecía dividido en dos, por un mamparo vertical del mismo material. En el suelo interno de uno de ellos se veía un disco, con numerosos orificios semejantes a los de una ducha.

—Es una duplicadora —dijo Yaxiuth—. La probamos con sus cuatro colegas, sucesivamente, claro está. Pero la máquina falló.

Hardley se estremeció.

—¿Qué les pasó a ellos? —preguntó.

—Salieron por el sumidero.

Hubo un momento de silencio. Hardley sintió que la frente se le cubría de sudor. Frente a él, Yaxiuth sonreía diabólicamente.

—Mientras se levanta la nueva planta de gas, necesitaré disponer de más soldados —continuó Yaxiuth—, Por supuesto, bien entrenados, pero no puedo esperar veinte años a que crezcan los niños que ahora nacen. Por eso he recurrido a la duplicadora del doctor Ganlo.

—Siga —pidió Hardley roncamente.

—La máquina falló con sus colegas. El doctor Ganlo asegura que

se han eliminado las causas de esos fallos y que ahora funcionará sin dificultad.

—Eso quiere decir que piensa crear un doble mío.

—Justamente.

—Y después nos matará a los dos…

Yaxiuth levantó la mano derecha.

—Sólo a uno de los dos —puntualizó—. El original, claro.

—¿Por qué el original?

—Porque el doble quedará siempre con muy poca o ninguna inteligencia; sólo un cuerpo humano, sin apenas capacidad de raciocinio. Esto puede ser útil para duplicar soldados, que no tienen que hacer otra cosa que obedecer órdenes. ¿Lo comprende ahora?

Hardley aplaudió.

—Un magnífico invento —elogió. De pronto, saltó de la camilla y echó a andar hacia la máquina—. Doctor, cuanto antes, mejor — dijo.

—Es usted valiente, muchacho —exclamó Ganlo, admirado.

Abrió la puerta del cubículo y se echó a un lado.

—Pase al fondo —indicó.

La mampara se había abierto automáticamente. Hardley entró en la segunda mitad y se quedó inmóvil.

Luego la puerta y la mampara volvieron a cerrarse. Ganlo se fue hacía la consola de mando. En el mismo instante, despertaba Vega.

—Sujétenla —ordenó Yaxiuth.

Dos de los guardias corrieron hacia la muchacha y la aferraron por los brazos. Vega lanzó un grito desesperado :

—¡Ethan! ¿Qué quieren hacer contigo?

Hardley le tiró un beso con la mano. Vega forcejeó para desasirse, pero todo resultó inútil.

En alguna parte, zumbaron motores. Se encendieron luces en un enorme cuadro de control, Hardley volvió los ojos un instante hacia el tanque esférico. Allí se hallaban contenidos los elementos químicos que componían el organismo humano, y que la máquina acumularía en proporciones exactamente iguales al original.

De pronto, Hardley sintió como si le pincharan millones de agujas microscópicas. Oleadas de todos los colores bailaron frenéticas danzas en sus retinas. En el interior de su cerebro se produjo un sordo estruendo.

Con los ojos desorbitados por el terror, Vega contempló la figura que emergía en la mitad vacía del cubículo. Primero fue una silueta transparente, apenas perceptible; luego sus contornos fueron tomando consistencia hasta que, a los pocos minutos, apareció un segundo Ethan Hardley, exactamente duplicado en los menores detalles, incluidos los ropajes.

* * *

Vega creía soñar. La perfección del doble no hubiera sido mayor, de haberse tratado de un hermano gemelo de Hardley. Era una copia absolutamente exacta.

—No ha habido fallos esta vez —dijo Ganlo, orgulloso de su tarea.

Yaxiuth volvió a acariciarse la barbita.

—¿Cuál de los dos es el «bueno»? —preguntó.

—No entiendo, señor...

—He visto aparecer la copia. Pero usted debe decirme ahora cuál de los dos es el original. ¿El que está al fondo?

—Tendremos que averiguarlo, señor —dijo Ganlo.

—¿Cómo, doctor?

—No hay más que una forma...

Philway levantó una mano.

—Si me permiten... Opino que el «bueno» es el situado en el segundo cubículo. Allí entró Hardley y allí continúa.

—Cierto, señor —admitió Ganlo—. Pero la operación no se realiza sin alteraciones mentales. Todos los conocimientos han quedado en uno de los dos cerebros y eso es algo que sólo podremos averiguar por la experiencia.

—Entonces, tendremos que hacer lo mismo, cada vez que dupliquemos un soldado.

—Me temo que sí, señor. Pero, disponiendo de personal competente y adecuadamente entrenado, resultará una operación rápida y sencilla, porque supongo, se aumentará también el número de duplicadores.

—Nada más cierto, doctor —dijo Yaxiuth—, Hágalos salir.

Ganlo abrió la primera puerta.

—Fuera —ordenó.

Los dos Hardley salieron sucesivamente.

—Quietos ahí.

Vega tenía los nervios destrozados. ¿Cuándo acabaría aquella horrible pesadilla?, se preguntó.

Yaxiuth adelantó un paso.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a uno de los dos dobles.

—Ethan P. Hardley, señor.

El Primer Servidor repitió la pregunta. La respuesta fue:

—E... th... an... P... H... H... a... ard... l... ley, s... se... ñ... ñor...

Yaxiuth sonrió satisfecho. Sacó su pistola, puso el mecanismo en máxima potencia y disparó contra Hardley, quien se derrumbó al suelo fulminado.

—Gracias, doctor —dijo, satisfecho. Se volvió hacia la muchacha —. No se preocupe; enviaremos el cadáver a la Tierra, debidamente

embalsamado. Usted, por el momento, quedará como mi prisionera. ¿Vamos, Jan?

—Sí, señor —contestó Philway.

Los dos hombres se alejaron con paso rápido, seguidos por una pareja de soldados, Otros dos quedaron en la puerta.

Ganlo hizo un gesto con la mano.

—A ver, saquen este cadáver de aquí —ordenó.

Los dos guardias obedecieron de inmediato. Cuando se inclinaban para levantar el cuerpo, Hardley atacó con furia devastadora.

Vega se puso una mano en la boca. Hardley le guiñó un ojo alegremente.

Ganlo sonreía también.

—Doctor, gracias —murmuró el joven.

—No me gustan ciertos inventos —dijo el científico—. Esto fue cosa del profesor Rodorlan, afortunadamente fallecido en accidente. Yaxiuth me dijo que tomase su puesto; no podía desobedecer..., aunque sí traté de engañarle. Creo que lo he conseguido, me parece.

—Seguro, doctor —rió el joven. Miró a Vega—. Ahora vamos a solucionar de una vez el problema —añadió.

Ella se estremeció.

—Piensas visitar a Yaxiuth —adivinó.

—La gente empieza a razonar por su cuenta —intervino Ganlo —. No saben que había un gas que les convertía en robots o pocos menos, pero empiezan a percatarse de que Yaxiuth no es el hombre providencial que cuentan las propagandas. Cuando se enteren de que ha perdido el poder, las cosas cambiarán.

Vega se volvió hacia el joven.

—Ethan, Yaxiuth sólo abandonará el poder de una forma —dijo.

Hardley estaba ya vistiéndose con los ropajes de uno de los soldados desvanecidos.

—Piensa en tus primos y en los mil klaghonitas que fueron traídos aquí a la fuerza para ser reeducados —contestó—. Piensa también en tu pueblo. Luego ordéname que me quede con los brazos cruzados.

Ella bajó la cabeza.

—No hay más solución —admitió.

—Entonces, cámbiate de ropa inmediatamente.

Vega asintió. Hardley fijó la vista en el cuerpo inanimado de su doble.

—Se me está ocurriendo una idea... —sonrió—. ¿Se puede conservar ese cuerpo, doctor?

—En un frigorífico, indefinidamente. Pero ¿por qué...? Es sólo un montón de materia inerte —contestó Ganlo.

—Ya le he dicho antes que tengo una idea —insistió Hardley—. Ahora, ¿puede indicarme el camino a las habitaciones privadas del Primer Servidor?

—Con mucho gusto.

CAPÍTULO XII

Había dos guardias ante la puerta y Hardley hizo un gesto con la

mano.

—Os relevamos —dijo escuetamente.

Uno de los guardias contempló el rostro de Vega, pero no hizo la menor observación; no era la primera mujer soldado que veía. En unión de su compañero, se alejó con paso rítmico por el corredor.

Hardley y la muchacha aguardaron unos minutos. Luego él se volvió y asió el pomo de la puerta, que hizo girar con infinita lentitud.

La voz de Yaxiuth llegó inmediatamente a sus tímpanos.

—Tenemos todavía dos cohetes cargados con gas. Es preciso dispararlos inmediatamente hacia Klaghon y Olián.

—Me encargaré de ello, señor —contestó Philway.

—El director de la fábrica se salvó de puro milagro. Entrevístate con él; pregúntale si puede construir algo capaz de fabricar aunque no sean más que unas cuantas toneladas de gas. Lo necesitamos con verdadera urgencia, hasta que hayamos construido duplicadoras suficientes.

—Muy bien. ¿Algo más?

Yaxiuth hizo su gesto favorito: se acarició la barba.

—Estoy preocupado —manifestó.

—¿Por qué? —preguntó Philway.

—No estoy muy convencido con las explicaciones de Ganlo. Aceptó el puesto de mala gana. Estoy seguro de que si aquí hubiera oposición, él sería uno de los principales dirigentes.

—Pero no podemos eliminarlo; es un hombre demasiado valioso.

—No, claro que no. Y, sin embargo, no me fío da él.

—La operación ha dado un resultado maravilloso —alegó Philway.

—Sí, pero el auténtico Hardley tenía que ser el que estaba en el segundo compartimento.

—Bueno, yo no entiendo mucho de física.,., pero si Ganlo dijo

que el bueno era el que ahora está muerto, será preciso creerle. Además, no había más que oír al segundo. Apenas podía articular palabra.

—Eso es verdad —admitió Yaxiuth—. Bueno, en todo caso, solucionaremos el problema más tarde.

—Por cierto, no ha dicho aún qué piensa hacer con la princesa Vega —dijo Philway.

—¿Vega? —repitió Yaxiuth. Se encogió de hombros—, Quizá la duplique también. De todos modos, ella, sin Hardley, no es nada. —De pronto, lanzó una risotada—. Ya ves, Jan; tenía veinticinco millones de súbditos y no pudo hacer nada en su planeta.

Hardley volvió los oíos hacia la muchacha. Vega enrojeció, furiosa por el desdén que Yaxiuth mostraba hacia ella.

—Bien, Jan, siéntate y toma nota. Tengo que dictarte un memorándum para todos los Altos Comisarios. Es preciso enterarles de la situación, para que tomen las medidas pertinentes.

—Muy bien; cuando usted quiera, señor,

Hardley inspiró con fuerza. Era hora de pasar a la acción, se dijo.

Bruscamente abrió la puerta e irrumpió en el despacho.

—Hola, amigos —saludó jovialmente.

* * *

Philway se revolvió en el acto al oír la voz del terrestre. Era hombre de rápidas reacciones y no se entretuvo a especular sobre los motivos de la presencia de Hardley en aquel lugar, sino que buscó su pistola y trató de utilizarla. Hardley, sin embargo, fue más veloz, y lo derribó de un tremendo revés, que le hizo caer sin sentido al suelo.

Yaxiuth se sentía estupefacto, completamente paralizado por el asombro. Hardley avanzó unos pasos y se detuvo a un par de metros de la mesa.

—Vega, vigila el corredor —ordenó por encima del hombro.

—Sí, Ethan,

Yaxiuth procuró serenarse.

—Hardley, seamos civilizados. Discutamos el problema sin enojo, como personas bien educadas. Dígame qué pretende y le complaceré, se lo prometo solemnemente.

—Nunca he creído en promesas de políticos y menos de dictadores —contestó el terrestre. Señaló un videófono que había encima de la mesa—. Todos los días, a determinada hora, usted saluda a su pueblo y le desea felicidad y bienestar infinitos, ¿no es así?

—Me parece lo más apropiado...

—Llame al Centro de Transmisiones y pida una conexión directa. Va a anunciar su dimisión y encargará del gobierno al doctor Ganlo, quien nombrará sus ministros y se ocupará de arreglar las cosas, para que toda vuelva a ser como era y que, además, haga también las gestiones para que las tropas ocupantes de los demás planetas vuelvan a casa y que los tratados de «protección» queden abrogados. Hágalo o le mataré

Los ojos de Yaxiuth se entornaron.

—Puedo desdecirme más tarde —murmuró.

—En absoluto, porque será encarcelado y sometido a juicio, por un tribunal que estará compuesto por jueces de los distintos planetas a los que ha sojuzgado mediante la fuerza. No le condenarán a muerte, pero le tendrán encerrado el resto de sus días. ¡Elija, Summor, dimisión o muerte!

Hardley hablaba con la pistola en la mano. Yaxiuth comprendió que no tenía otra alternativa y alargó la mano hacia el videófono.

De pronto, se oyó un rugido de rabia.

Vega lanzó un grito:

—¡Cuidado, Ethan!

Hardley saltó hacia atrás, a la vez que volvía la cabeza a su izquierda. Philway, tendido aún en el suelo, aunque apoyado en un codo, levantaba la mano armada, apuntándole con su pistola

paralizante.

Vega se le anticipó y disparó desde la puerta El cuerpo de Philway sufrió una terrible sacudida.

Yaxiuth se había puesto en pie, con una pistola que acababa de sacar de uno de los cajones de su mesa. El proyectil de Philway, a máxima potencia, fue a parar directamente a su pecho. Yaxiuth dio un salto convulsivo y cayó hacia atrás, muerto instantáneamente.

Hardley torció el gesto.

—No ha salido como deseábamos —gruñó—. Ahora nos culparán a nosotros de lo que ha sucedido...

—No —contradijo Vega serenamente —. Philway sólo está dormido; el arma estaba graduada para un cuarto de la potencia total.

—Sí, pero eso no...

—Cuando una persona recibe un proyectil paralizante a un cuarto de la potencial total, queda sujeta al narcótico durante cierto tiempo después de despertarse. Se le puede hacer declarar todo lo que sabe... o lo que se desee que diga.

Hardley consideró un instante las palabras de la joven. Luego, de pronto, avanzó hacia el videófono y tocó una tecla:

—De orden del Primer Servidor, que llamen inmediatamente al doctor Ganlo —exclamó con gran énfasis.

—Al momento, señor—contestó alguien.

Luego Hardley dirigió la mirada hacia el inmóvil cuerpo de Yaxiuth, el hombre más ambicioso que había conocido en su vida. Hasta aquel momento, había sido dueño y señor de diez planetas.

Ahora no era más que un montón de carne inanimada.

Suspiró, relajándose. Vega se acercó a él y puso una mano en su hombro.

—Ya no hay gas acondicionador de la mente. Todos podrán pensar ahora con entera libertad. Las gentes de Tuxolt 2, de Klaghon, de Olián y de tantos otros planetas ya no están esclavizadas. Tú les has liberado de la opresión a que estaban sujetos.

Hardley asintió levemente. Su misión, pensó, había terminado.

El doctor Ganlo llegó a los pocos momentos. Vio los cuerpos inmóviles y miró inquisitivamente al terrestre.

—Sólo hay un muerto: Yaxiuth —dijo Hardley—. Philway es el hombre que lo mató.

Ganlo asintió en silencio. Hardley añadió:

—Doctor, a usted nunca le gustó el sistema de Yaxiuth, ¿verdad?

—No —respondió el científico—. Duplicar cosas necesarias, mediante un original y disponiendo de las materias primas, es útil; duplicar personas es un crimen. Yo lo sabía, pero el gas me impelía a actuar en un sentido opuesto al que mi conciencia me dictaba...

—Ahora podrá actuar usted de acuerdo con sus auténticos sentimientos —dijo Hardley gravemente.

EPILOGO

Hardley, perdón, Pedro Smith, terminó su relato, llenó una copa y me la entregó, a la vez que sonreía.

—Es vino de mis propias viñas —dijo.

Tomé un sorbo. Chasqueé la lengua.

—Necesita un año más en la bodega —aconsejé.

—Siempre fuiste entendido en muchas cosas —contestó Pedro—. Bien, ¿qué te parece la historia, Gafitas?

—Aún falta el final —objeté.

—Bueno, ya no hay mucho que contar. Yo le expresé a Ganlo cuáles eran mis deseos y el doctor lo comprendió y me aseguró que se encargaría de enviar mi cuerpo a la Tierra y que contaría una historia satisfactoria. Ciertamente, no tema más ganas de seguir desempeñando misiones especiales. Se envejece rápidamente, cuando no se muere como un perro.

—Y tú querías vivir.

—Figúrate.

—Lo comprendo muy bien, Pedro. Ganlo se hizo cargo del gobierno, aclaró las cosas, abrogó los tratados de «protección», destituyó a un montón de Altos Comisarios… y no encontró demasiados obstáculos, supongo.

—Ya no había gas acondicionador de la mente. La atmósfera estaba completamente limpia en todos los planetas. Hubo algunos disturbios, es lógico, pero las cosas se solucionaron muy pronto a satisfacción de todos.

—Y tu cuerpo fue devuelto a la Tierra.

—No, aunque mi «viuda» pidió y obtuvo, que le concedieran una tumba en el espacio. En la Tierra, por supuesto, había algunos que no creían la historia y por ello enviaron al doctor Spitzberg, cuyo informe forense resultó concluyente.

—Y te viniste aquí…

—Vega no sentía grandes deseos de regresar a Olián y menos aún de ocupar su puesto. Alegó el dolor que le causaba mi muerte y emigró a Klaghon, en donde el gobierno, agradecido, le concedió una vasta extensión de terreno, para su retiro.

—Has dicho tu viuda, pero, según creó recordar, no os habíais casado.

Hardley me guiñó un ojo.

—Fue una ceremonia secreta—contestó—. Dijo que nos habíamos casado antes de mi muerte... ¿y quién iba a dudar de su palabra, máxime cuando no había ninguna herencia que reclamar?

Contemplé el paisaje que se divisaba desde la ventana. Era un retiro perfecto, pensé, una especie de isla de Robinson Crusoe en el espacio, el lugar adecuado para dos personas que se amaban de corazón, y que habían corrido graves peligros para salvar a miles de millones de personas de la esclavitud más abyecta: la esclavitud de la mente.

Levanté mi copa.

—Por el hombre que yace en la fría tumba de las estrellas —brindé.

Hardley sonrió y también levantó su copa.

Días más tarde, empecé a pensar en el regresó a la Tierra y me di cuenta de que era una idea que no me gustaba.

Mí guía y yo estábamos sentados en el gran vestíbulo del hotel, después de una excursión por unos parajes sumamente pintorescos. Contemplé a Faditha unos instantes; hacía escasamente siete años, sus padres habían sido capturados como antiguamente lo eran los negros en la costa occidental del África terrestre y enviados a un mundo muy lejano del suyo. Por suerte para ellos, habían podido regresar a su planeta nativo.

Faditha debía de tener ahora unos veintidós años y su piel era suave como la del melocotón y en sus ojos ardía un fuego manso, que, vaticiné, no se extinguiría jamás.

—Faditha —dije de pronto.

—Sí señor Parrish.

—Llámame Glenn, por favor.

—Sí, Glenn.

Me acaricié la barbilla.

—Estaba pensando en comprar unos terrenos en Klaghon. ¿Hay dificultades para un extranjero? —pregunté.

—Si el extranjero es amigo de Pedro Smith, no, de ninguna

manera. ¿Es que piensa quedarse en mi planeta?

—No me disgustaría, Faditha —contesté—. Pero un hombre solo no es nada en este mundo.

Ella sonrió suavemente.

—La soledad se puede compartir y entonces deja de serlo —respondió.

En sus ojos había serenidad y dulzura, y sus labios emitían mil promesas de cálida pasión.

—Yo pienso que se puede compaginar el oficio de granjero con el de escritor —dije.

—¿Por qué no?

—Faditha, tengo algunos años más que tú...

—Tienes la misma edad que Pedro. En Klaghon la vida dura casi el doble que en otros planetas.

—¿Son muy complicadas las ceremonias de matrimonio en este planeta?

—Depende de los deseos de los novios.

—Por ejemplo...

—Muchas veces, los novios se presentan ante los padres de ella y expresan sus deseos de casarse. Si los padres acceden, y casi nunca lo rehúsan, esa pareja se considera ya marido y mujer. El padre lo notifica después al registro y eso es todo. Pero, claro, también hay ceremonias más complicadas, con gran lujo...

—No, no; no me gustan las complicaciones. ¿Dónde están tus padres, Faditha?

—Dijeron que iban a pasar unos días en casa de sus primos Pedro y Sally.

Me puse en pie y agarré la mano de la joven.

—Faditha, no soy guapo ni un tipo gallardo y apuesto...

—Eres quien eres —dijo ella apaciblemente,

—¿Vamos a casa de Pedro?

—Sí.

* * *

Es inútil buscar en las cartas estelares un planeta llamado Klaghon. El nombre es supuesto, como los de los protagonistas de la historia y no voy a divulgarlos por razones fáciles de entender, Pero sí existió un hombre de una ambición infinita, llamado Summor Yaxiuth, cuya derrota significó la libertad para decenas de miles de millones de personas.

El héroe que lo derrotó sigue vivo, afortunadamente.

En las noches claras, Faditha y yo nos sentamos en el porche de nuestra casa. Tenemos un telescopio y, a veces, lo enfocamos hacia un punto brillante en el espacio.

Es una tumba en el espacio.

F I N